

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

R. Rucabado.—Carlos Jordá.—J. M. López Picó.—F. de Sagarra.—Eladio Homs.—J. Martí y Sabat.—J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Masó.—Ernesto Homs.—María C. Torner.—Eugenio d'Ors.—J. Torres García.—D. Martínez Ferrando.—Bernabé Martí y Bofarull.—J. Bosacoma y Pou.—Luis Jover Nunell.—J. Bassols.—E. Creuher.—L. Figueras Dottí.

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Europa 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año VI

Barcelona 18 de Mayo de 1912

Núm. 241

SUMARIO

De Catalanismo.— Un comentario á la conferencia de Ossorio, por C. J.

Questiones morales:

La tristeza de la literatura contemporánea, I-II-III-IV, por J. DELEITO Y PIÑUELA *, con una *Nota preliminar*, por B.

Cataluña en el Parlamento

Sobre la Ley de Jurisdicciones,
Discurso de D. FRANCISCO CAMBÓ.

Cataluña ante el extranjero

El triunfo de Clará en Amsterdam.
—Barcelona, nueva Atenas por G. A. DE...*

DE CATALANISMO

Un comentario á la conferencia de Ossorio *

Impresa en elegante folleto, recibimos la conferencia que D. Angel Ossorio y Gallardo dió en Madrid el 7 de Mayo último, y que vino á ser,—como ya su título indica,—una como plática ó conversación que tuvo con los socios de la Juventud Conservadora de la villa y corte, plática ó conversación que al imprimirla y publicarla, la hace extensiva á todas las juventudes conservadoras de España, por cuanto á ellas especialmente se dirige.

la importancia, de la trascendencia de este magno problema.

Reconociendo esa solicitud, esa buena voluntad por parte del conferenciante en el estudio de nuestro problema capital, agradeciendo en lo que vale y representa plantear y explanar dicho problema en un medio que por muchos años nos fué hostil vamos á decir leal y sinceramente la importancia de su lectura nos pro...



nista está muy acertado, principalmente en la exposición de la segunda fase ó sea del *nacionalismo*; en esta exposición cita los párrafos más importantes de la obra esencial de este período «La Nacionalitat Catalana» de Prat de la Riba, después de leídos, el nacionalismo aparece claro, nítido, no cabe confundirlo con otras ideas más ó menos vagas; aquel sentimiento nebuloso en su origen se concreta, se define, se expresa. Pero al entrar en el período solidario no anda el conferenciante tan acertado, acaso haya que atribuirlo, á que siendo cosa muy reciente y en la que tomó parte, no ha podido sustraerse á la anécdota para elevarse á la serena región desde donde el historiador debe de estudiar las gestas humanas.

La solidaridad fué la eclosión de las doctrinas nacionalista, que necesitaron para su propagación y difusión la estridencia, fué la consecuencia del enardecimiento popular impulsado por aquellas doctrinas, fué la expresión colectiva, la afirmación de lo que en los libros estaba consignado. No se trataba en aquellos momentos de exaltación patriótica más que de una cosa, de ser catalanes, de afirmar la existencia de Cataluña. En aquellos momentos de intensa vibración, no pretendíamos ser mejores ó peores que otros pueblos, no discutíamos problemas religiosos ni sociales, solamente éramos, sólo queríamos ser, catalanes, ya que de eso se trataba y no de otra cosa y queríamos afirmarlo en un acto de suprema audacia que todos los caducos, los escépticos, los que calificasen de niños levanti-

del momento, hacen desaparecer la medida y el equilibrio que solamente el encono de la lucha explican sino justifican.

Para quien desconociera á Maura y á Cambó bien poca cosa le dirían esos recortes citados por el conferenciante, para aquellos que conocemos el pensamiento repetidas veces manifestado de cada uno de ellos, y los que no olvidamos que en política mucho más valor hay que atribuir á los temperamentos, esos recortes al parangonar pensamientos paralelos no otra cosa hacen que evidenciar las profundas, casi diríamos, irreductibles diferencias que existen entre esos dos hombres, y en las que no hay que insistir, puesto que se manifestaran, de día en día con mayor claridad. El mismo conferenciante nos dice «Maura lleva, pues, en estos momentos sus aspiraciones más allá de lo que piden los catalanistas»—eso a propósito de las mancomunidades—, y al decir esto acaso olvida al Sr. Ossorio que nuestra aspiración es aproximarnos al ideal y para ello es necesario indispensable hoy realizar la mancomunidad; no vemos nosotros en la mancomunidad una aspiración, sino una realización y en eso

estriba la profunda diferencia que existe entre la política regionalista y la política conservadora.

Y vayamos á las conclusiones, en la primera se afirma la existencia del catalanismo, en la segunda dice que el catalanismo es un problema español y en la tercera habla del tratamiento de este problema y diagnostica un «contacto perenne, diario, inalterable con la realidad de la vida española». Salvando algún matiz como hicimos al comienzo de este ya largo artículo estas conclusiones pueden aceptarse.

Para terminar, repetimos una vez más, que hay que agradecer al señor Ossorio y se lo agradecemos en el alma, que haya dicho cosas tan justas y las haya dicho en donde partiendo de otros labios menos autorizados que los suyos no se hubieran aceptado; al decirle sincera y honradamente la impresión que su lectura nos produjo, le advertimos que lo hicimos sin situarnos, sin tener en cuenta donde exponía su pensamiento y á quién se dirigía al manifestarlo, y que si esto hicimos fué debido á la profunda estima que nos merece.

C. J.

Cuestiones morales

La tristeza

de la literatura contemporánea



lix Le Dantec, al cerrar su reciente libro «*El egoísmo, única base de toda sociedad*», con estas palabras que son el *lasciate ogni speranza* del ateísmo á la humanidad: «Y yo me entristezco al pensar que la ferocidad de nuestros antepasados de las cavernas se perpetuará en esta humanidad bastarda, en su forma más inferior y menos digna de admiración: los celos y el odio disimulados bajo el exterior de una fraternal hipocresía...» (1).

R.

I

La tristeza literaria contemporánea como reflejo de la tristeza general de la vida: causas del malestar moderno

Es preocupación de muchos ingenios la tristeza del arte contemporáneo, y no dejan de plantearla ó aludirla, con sentencias ó burlas, desde la grave disertación, el sesudo artículo de revista ó el libro docto, hasta la crónica ligera ó la zumbona sátira del escritor festivo.

Síntoma general es para muchos; achaque de la ibérica tiesura y de nuestra oriental languidez juzganla otros; y tal vez es sólo una señal de los tiempos, un indicio del malestar que oprime y asfixia á la psiquis moderna.

Cierto que nuestras condiciones de raza, y aun nuestro idioma pomposo y rotundo, son opuestos á la risa libre é ingenuamente alegre, y al mariposeo del espíritu en busca de jovialidades frívolas.

Pero la causa es más honda. Dado el cosmopolitismo actual, no puede aislarse á un pueblo para explicar su arte de hoy, y menos si ese pueblo vive, como España desde hace dos siglos, condenado á marchar siguiendo los surcos que países de mentalidad más fuerte, ó más á la moda, abrieron al pensamiento humano.

El arte moderno es triste; pero, no sólo el arte español, sino el arte universal, porque triste es la vida que le engendra. La sociedad contemporánea sufre males nuevos, ignorados por el hombre de ayer, y ese sufrir hondo y colectivo lleva su gesto doliente á las producciones artísticas; pues siempre éstas, por mucho que su creador se abisme en el estudio de su yo más íntimo, conservan ecos, reminiscencias, rasgos del medio social en que brotan. Diríase que el alma de las colectividades, por extraña fuerza expansiva, se filtra en la creación individual, comunicándole algo de aquello que le es propio y característico.

Por eso es imprescindible convertir nuestras miradas al estado presente de la vida social, si queremos entender la marcha del arte nuevo, y, dentro de éste, la situación de la literatura, á la cual he de circunscribir mi examen, pues, aunque fuera fácil probar la tristeza que sufre el arte de nuestros días en todos sus órdenes, es sobrada tarea referirme particularmente á la tristeza literaria.

El actual período histórico ofrece crisis violentas, confusión de ideales, vagos anhelos, crepúsculos de un mundo próximo á hundirse, envuelto en sudario de sombras, y albores de una civilización futura que se inicia; todo luchando, en mezcla hirviente y caótica, que ha de perdurar hasta que, del choque entre tan contrarios elementos, surja la humanidad de mañana, vaciada en moldes distintos que la de ayer, pero en moldes fijos y concretos.

(1) Edic. Flammarion. París 1912.—P. 293.

«El alma moderna—según frase de Nietzsche—tiene por símbolo el laberinto.» Nuestra generación sufre más que las generaciones pasadas. Y no es que el dolor, eterno compañero del hombre, se cebe ahora en él con más saña que en otros tiempos. Al contrario: la higiene, la medicina, la beneficencia, y la mayor blandura y humanidad de costumbres y leyes, han atenuado mucho el dolor físico. La organización social presente más justa, más igualitaria, más respetuosa con los fueros de la dignidad humana que en siglos pasados, debiera también ser un lenitivo para el dolor moral. Y, sin embargo, aun suavizadas las causas objetivas del dolor, éste crece y se intensifica, como una proyección subjetiva de nuestro ser, cada vez más sensible, más analizador del mal, menos resignado y fuerte para sufrirlo, más rebelde á imposiciones extrañas, más ansioso de felicidad, y más desconfiado de obtenerla.

Y he aquí sintetizadas las causas, casi todas interiores, de esa acentuación en sus males que sufre la humanidad de hoy: la sensibilidad enfermiza, la fiebre del análisis, el escepticismo, la obsesión de la crítica, el exceso de culto al yo, el aburrimiento, la sed de bienestar; á las cuales puede añadirse una causa exterior: el desequilibrio económico.

II

La neurosis, la fiebre del análisis, la crítica y la duda.

El hombre de hoy se ve arrastrado por el vértigo de la actividad, de la concurrencia económica creciente, de una producción enorme y febril. De aquí una labor que excede en magnitud á la resistencia de quien la realiza. Desde hace setenta años se trabaja en Europa cerca del doble que antes, y este derroche de energías, más la intoxicación alcohólica y el desenfreno erótico crecientes, han llevado á los organismos la fatiga nerviosa, y, con ella, el agotamiento y la neurosis en sus más variadas fases; males que se transmiten, por triste ley de herencia, desde los padres á los hijos.

Somos una generación de neurópatas, abúlicos y tristes que marchamos sin rumbo por la vida, con el cansancio y la desorientación de quien va por un desierto. Padecemos ese extreño *mal del siglo*, que ha diagnosticado Max Nordau, y que para muchos constituye una patente de artista refinado, y una distinción aristocrática; aristocracia al revés, y distinción tan ridícula y enfermiza, como la obesidad entre los chinos, y la palidez verdosa del rostro entre los románticos del año 30.

Esta sensibilidad hiperestésica, al servicio de un espíritu cultivado, aguza nuestras facultades de observación hasta lo inverosímil; nos permite hallar en las almas y en las cosas íntimos repliegues, tenues matices, sordos latidos, ocultas vibraciones, novísimos aspectos, que para el hombre de ayer—menos exquisito y de más callosa epidermis—pasaron enteramente ignorados.

Los símbolos de nuestra época pudieran ser el escalpelo y el microscopio. Perseguimos la verdad hasta en sus trincheras últimas, con anhelos nobilísimos; pero á veces la verdad es cruel, y no todos los espíritus tienen la entereza bronceada de los sabios por vocación, para sufrir sin inmutarse sus amargas enseñanzas.

Esta inmersión en la realidad escueta y sin cendales, secó las fuentes del goce ideal, basado en la ilusión. Si las azules diafani-

dades celestes son un simple efecto de luz, que encubre la negrura tenebrosa de un vacío infinito; si las teogonías consoladoras de otros tiempos son aventadas de la conciencia por el vendabal de la razón; si la vida es un accidente efímero en la renovación universal; si la patria es un fantasma y el honor un mito; si el amor es una concreción pasajera del genio de la especie, y hasta la belleza de la mujer amada es capricho de nuestros sentidos, que no resiste el examen al microscopio, entonces ¿dónde volver la vista? ¿En qué creer? ¿Qué amar? De aquí el subjetivismo ególatra. Si el mundo no tiene más realidad que la que nuestra representación le presta, como creía Schopenhauer, encerrémonos en nosotros mismos. Y eso hace el hombre moderno, diseccionando fibra á fibra su propio espíritu, con el refinamiento de anatómico.

Pero tal labor constituye su principal tortura. Tampoco en este refugio interior halla la paz deseada. Lejos de eso, le asaltan dudas crueles sobre su origen, su responsabilidad, su destino, su fin ultraterrestre, que no le dan ya satisfactoriamente resueltos los cándidos y halagadores sistemas teológicos; sus medios de acción, su verdadero valer, la línea de conducta que le es propia: mil y mil problemas de un menudo y rebuscado autoanálisis, que han convertido el *nosce te ipsum* socrático en una grave enfermedad de nuestros días. Y así el hombre actual ha llegado á ser fiel imagen del *Heautontimorumenos*, creado por el poeta cómico latino Terencio. Es, como aquél, un atormentador de sí mismo.

Este análisis obsesionador produce, como natural consecuencia, la crítica implacable, que fulmina censuras y cargos, que descubre imperfecciones y tachas cada vez mayores y cada vez nuevas, con agudezas de zahorí, puesto que, para compulsarlas, busca ideales siempre quintaesenciados y siempre distintos.

Y el aguijón de la crítica, con su natural cortejo, la duda, avanza progresivamente, extendiendo cada vez más su órbita de influencia. Antes el hombre aplicaba su crítica y su duda á otros hombres. Ahora las dirige contra la sociedad, contra el cielo, contra la naturaleza y, lo que es más doloroso y temible, contra él mismo.

III

El «*tedium vitæ*»: carácter agudo del dolor moderno.

Como el hombre actual no tiene fe en sí propio, y desdobra su yo en dos partes, siendo á un tiempo actor y espectador de sus acciones, juez y reo, suele padecer esos achaques casi ignorados hasta hoy: la manía de la vacilación, la parálisis de la voluntad, el disgusto de sí mismo, el hastío y la fatiga de una vida sin rumbo, sin objeto, sin ideal; este terrible *tedium vitæ* de los pueblos decrepitos y gastados.

El sabio Tardieu, en su libro *El aburrimiento*, ha descrito magistralmente lo etiológico y los rasgos peculiares de ese fastidio *sui generis*, en que principalmente consiste el *mal del siglo* propio de nuestra época.

«El aburrimiento que llamamos moderno—dice—tiene sus causas generales y profundas en el progreso del espíritu crítico; es el producto del análisis, que disipa las ilusiones bienhechoras; del escepticismo, que todo lo reduce á polvo...»

«... La nueva más espantosa que haya corrido nunca al través de las edades, es la muerte de Dios...»

«...Dios, he aquí la palabra que nos recon-

fortaba, y llenaba el aire con música invisible.»

«La marcha de Dios, de la fe, he aquí las razones algo generales, pero verdaderas, del aburrimiento moderno...» «Todos están atacados de él. Los poetas lo expresan con sus cantos desesperados; los filósofos lo traducen en sistemas sombríos, en demostraciones de un efecto sorprendente; la multitud lo ve obscuro, de un modo doloroso...

«...Este mundo que sucumbe al horror de vivir, pide el olvido en el goce. El cuerpo de la mujer en que hemos colocado el infinito, reemplaza los paraísos perdidos.

«...El aburrimiento moderno tiene el fondo de desesperación. Sordo ó agudo, el dolor es constante y pide alivios; de aquí el éxito de estos venenos seductores, mitad excitantes, mitad narcóticos, de los que el más extendido es el alcohol. Conocer que se va á la destrucción propia, á la muerte prematura desde el día en que se pide al alcohol el aturdimiento, vértigos deliciosos, y preferir en la vida, que ha llegado á ser ociosa, este envenenamiento seguro ¿no es señal de desesperación y de aburrimiento...? Fria, concertada, en modo alguno expresiva, interior, la embriaguez actual tiene su carácter particular; no se busca en ella para nada la alegría, sino el aniquilamiento del pensamiento que corroe, el borrar momentáneamente el fastidio. Hay paliativos (del tedio) reservados á algunos: tal la morfina; otros son de uso universal, por ejemplo: el tabaco... Su humo es un símbolo, es un velo echado sobre la vida; esfuma los contornos de hierro de la realidad... El aburrimiento se acusa por rasgos múltiples durante el día. Es sensible en nuestro modo de vivir exasperado, tembloroso, desarreglado, alocado... El aburrimiento nos rodea en dondequiera que estamos; nos arroja de la casa en que acabamos de instalarnos, de la ciudad que habitamos, del sillón en que estamos sentados... ¿Quién nos distraerá de nuestro pensamiento, triste hasta la muerte...?»

»El aburrimiento moderno, consciente, meditado, filosófico, se reduce al horror de existir, marcado con trazos dolorosos en la figura del hombre del día, que [ve desvanecerse una á una todas sus esperanzas. Los signos dominantes que lo expresan son la hinchazón del deseo..., el agolpamiento en el exceso, la ambición desmesurada, la ironía satánica, la desesperación burlona (1).»

La idea de que cuanto nos rodea es efímero y perecedero el saber que cuanto anhelamos—dicha, amor, fortuna, gloria, juventud, la propia vida— es fenómeno fugaz en el cosmos, y destinado á desaparecer sin dejar huella; el convencimiento de que somos simples comparsas, que hacen un instante su aparición en la gran comedia universal; la conciencia de que cuanto existe se trueca, se marchita y muere, deshaciéndose en la nada; he aquí obsesión enervadora de nuestra edad sombría.

No sólo en obras graves de filosofía ó literatura, según probaré luego; aun en las ligeras crónicas periodísticas, hechas *calamo currente*, palpita esa preocupación general.

Ojeando al azar una colección de crónicas de *Fray Candil*, reunidas en volumen bajo el título *Con la capucha vuelta*, encuentro este párrafo:

«Lo que se halla en el fondo de la vida es dolor y miseria. Sólo el instinto de conser-

vacación, esta ansia inexplicable de seguir viviendo, nos hace olvidar pasajeramente que andamos sobre un abismo pronto á tragarnos. Cuando pienso en esto, en el olvido absoluto que nos aguarda, en nuestra desaparición absoluta, en la espantosa soledad en que nos hallamos en medio de la naturaleza, el vértigo se opodera de mí y quisiera andar, andar hasta caer rendido, sin conciencia, sin memoria, idiota, en ese mismo precipicio que nos atrae, y del que en vano pretendemos huir.»

Párrafos análogos, meditaciones de tan tético nihilismo, podrían formar una copiosa antología de autores contemporáneos, que fuese como el florilegio del dolor de nuestra época, ante la vacía inanidad de cuanto existe.

Tal es la tristeza psicológica de nuestro tiempo.

Y acaso ni la crueldad sádica de los antiguos Césares, ni la imaginación más desbordada de artistas y teólogos, con su suplicio de Tántalo, su torre de Ugolino, y sus variados infiernos, candorosamente horripilantes, hayan concebido mayor tortura que esta lóbrega cerrazón de sus espíritus. ¡Al fin, aquellos tormentos eran meramente exteriores, y el sufrir externo puede estar templado por la esperanza, la fe, la insensibilidad, la satisfacción y hasta la alegría interiores. Recuérdese á los estoicos y á los mártires cristianos. Mas para estos males modernos no hay en nuestra conciencia conturbada ni un rayo de luz ni una tregua, ni un lugar de asilo. El dolor nos sigue, nos acosa hasta el fondo de nuestra alma, se aposenta allí, como señor absoluto y, ó acabamos por ver en él un compañero inevitable, por familiarizarnos con él, y hasta sentir bajo su caricia letal una delectación morbosa, ó, huyendo de su abrazo asfixiante, huímos también de nosotros mismos hasta los linderos de la muerte, precipitándonos en ella como en un regazo amigo, que nos ofrece la placidez del descanso.

Por eso el siglo XIX fué el de los suicidas. Werther, verdadero hijo de su época, abrió el camino con sus nostalgias irredimibles, y en sus desoladas páginas hallaron la trágica receta de la liberación final centenares de espíritus tempestuosos. Es la eterna filosofía de los descontentos y los atormentados, desde Séneca hasta Schopenhauer. Nordau en su conocido libro *Degeneración*, ante la opresión creciente de las almas modernas, profetiza el establecimiento no lejano de clubs de suicidas; y, si el telégrafo no miente, ya se ha instalado uno en los Estados Unidos.

IV

El malestar en las clases menesterosas,

Aun los que, por inferior cultura, ó acaso por mayor salud física y mental y más recia complexión orgánica, no sienten esas angustias internas de las almas sensitivas, no por eso dejan de padecer el maléfico efecto del egocentrismo, que gravita sobre nuestra vida entera.

Ya no se eree al hombre un humilde pecador, cuyas penalidades eran justo castigo impuesto por la Providencia divina, ni mira este mundo como una antesala del otro, ni espera hallar, en bienandanzas ultraterrestres, ubérrimo galardón por sus miserias y dolores terrenales. Tampoco juzga, cual nuestros antepasados, una virtud la sobriedad, ni un vicio el goce; y como no encuentra el origen del sufrimiento en culpas para



disiacas ancestrales, ni en anatemas divinos, busca su causa en la mala organización social, en la explotación del hombre por el hombre, y se rebela audazmente contra los que imagina autores de su daño.

Hoy el obrero de más ínfima condición sabe afirmar fuertemente su jerarquía de individuo, base de la sociedad, y reclama en el festín de la vida, no las migajas con que antes se conformó, sino la parte que cree corresponderle como factor en el desarrollo social. Ya no se resigna á ver en Dios un tutor adusto, ni en el *amo* un personaje semi-divino, como creía el antiguo siervo, ni en la desigualdad económica y el privilegio social unas leyes justas; y proclama su derecho á la felicidad, al placer, que hasta aquí han venido monopolizando los ricos y los poderosos. Se ha ilustrado, se ha ennoblecido, sí, pero su cultura le ha hecho menos soportable su miseria.

Nuestra enorme producción industrial ha creado todo un mundo de lujos y refinamientos, desconocidos hasta ahora, que son un continuo acicate á la codicia, y una tentación eterna. Un operario de mediano jornal disfruta comodidades y exquisiteces, que no tuvo en otro tiempo un rey; pero ante él se extiende un panorama cada vez más dilatado de goces nuevos, que los privilegiados soborean, y á él le son inaccesibles. Este desigual reparto de bienes se percibe más hoy, por nuestra organización democrática, que hace vivir en el mismo plano y codeándose á grandes y chicos. Y como las necesidades no satisfechas del trabajador, han aumentado en proporción superior al progreso de sus ventajas muy positivas, ese hombre sufre como no sufrió el villano de otros siglos, porque su sufrimiento no es ya la mera privación animal, sino la conciencia de su postergación injusta.

El bracero de ayer limitábase á vegetar, sin horizonte, sin mañana, como los seres inferiores. Cada día le aportaba su ración de dolor, que, por ser limitada, era soportable; pero no percibía ante él siempre como el de hoy, la esfinge del dolor futuro, la siniestra perspectiva del pan incierto, la prole abandonada, la vejez sin jornal ni apoyo, y aun la juventud inútil por accidente del trabajo. Arriesgaba, como el jornalero de nuestra edad, la salud y la vida en bárbaras faenas, pero tenía de ello noción menos clara. Además: siempre había visto hacer lo propio entre la gente de su humilde estirpe, y no soñaba siquiera con que el mundo pudiera organizarse de un modo más justo y humanitario, como entrevé ya el obrero actual.

Los alzamientos plebeyos, *jaquerías* y revoluciones rurales, eran simples estallidos de odios y cóleras contra determinados abusos y particulares señores. Nunca la oposición reflexiva y organizada contra todo un régimen, como pasa hoy. Desconociendo el antiguo operario lo complejo y sutil del engranaje social, no podía saber el objeto, muchas veces frívolo, para que había él de sufrir las penalidades de una bestia de car-

ga. Pero, más avisado el trabajador moderno, se indigna al advertir que tal vez expone la existencia en el fondo de la mina abrupta, para arrancar la piedra luminosa que satisfará el lujo del rico desocupado, ó brillará quizás sobre el seno incitante de la *cocotte*.

Y es, como escribía hace poco un espiritual cronista (1), que hay *hombres-masa* y *hombres-levadura*; y la abundancia cada vez mayor de los últimos produce, naturalmente, una fermentación considerable en la sociedad.

(1) Andrenio, en *Nuevo Mundo*

El periódico, el *meeting*, el casino, la divulgación por ediciones baratísimas de libros sociológicos—manjar á veces demasiado fuerte para el paladar de ciertos lectores—han abierto los ojos al obrero, impulsándole á la inquietud, el descontento, la protesta ó la rebelión.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO

SIFILIOGRAFÍA

Dr. Umbert - Calle Canuda, 26

Cataluña en el Parlamento

Sobre la Ley de Jurisdicciones

Discurso de D. Francisco Cambó en el Congreso de los Diputados. Sesión de 8 de Mayo.

La intervención de Cambó en el debate que ha apasionado, la anterior semana á toda España, dió una nota tan alta de dignidad y de severidad civil, que todos han reconocido en el discurso del orador catalán una lección política pocas veces oída en el Parlamento Español. Como documento de gran sentido jurídico y de vivo espíritu catalán lo reproducimos en estas páginas.

El Sr. CAMBÓ: Yo celebro que se haya pedido la lectura de las firmas que acompañan á la proposición incidental que me levanto á defender.

Por esa lectura habréis observado que, entre los hombres que firman la proposición incidental, los hay de varios partidos, de varias tendencias. Supongo que al votarse esta proposición obtendrá el voto de otras minorías y de otros partidos que, acaso por la precipitación con que las firmas se han recogido, no han sido invitados á estampar las suyas.

Entre los que la firmamos hay el nexo concreto de la petición que en ella se formula; quizá en las derivaciones de esta petición haya abismos que nos separen, haya profundísimas diferencias que nos desliguen. Es más, acaso si en defensa de esta proposición hablan, además del que tiene el honor de hacerlo ahora, otros de los que la firman, aparezcan en sus palabras contradicciones flagrantes y afirmaciones distintas y contradictorias.

Esta proposición ha nacido de un incidente ocurrido ayer en los últimos momentos de la sesión. Ayer—todos lo recordaréis, señores diputados—el Sr. Moret, un hombre de los grandes prestigios políticos y parlamentarios del Sr. Moret, se levantó aquí, en el Parlamento, para defender la ley de Jurisdicciones. Se promovieron los debates acalorados que recordaréis también; al interrumpirse la sesión los comentarios fueron vivísimos; hubo quien atribuyó aquella intervención inesperada del Sr. Moret en el debate á un ataque esbozado contra el Gobierno; otros han querido ver en las palabras y en la postura adoptada por el Sr. Moret el propósito de crear un ambiente pasional, en el que naufrague el proyecto de mancomunidades provinciales que el Go-

bierno tiene anunciado que va á presentar.

Yo tengo que confesar á los señores diputados que no comparto ninguna de esas dos apreciaciones, que yo creo que el Sr. Moret adoptó la postura que vimos ayer en la última hora de la sesión en cumplimiento de un deber que su conciencia le imponía.

Había escuchado el Sr. Moret como el señor Miró combatía la ley de Jurisdicciones; había presenciado como el jefe del Gobierno no la defendía al contestar al Sr. Miró, y se levantó el Sr. Moret, reconociendo y confesando que él era el padre de la ley, para sostener la ley, para defender los principios jurídicos de la ley y para afirmar aquí que entendía que esta ley era una norma jurídica aceptable, que no pugnaba con ninguno de los principios en que se asienta la Constitución española. Y estas afirmaciones del señor Moret, señores diputados, entrañan una gravedad inmensa, extraordinaria; alteran por completo el concepto que siempre, unos y otros, habíamos tenido de la ley de Jurisdicciones.

La ley de Jurisdicciones ya en sus comienzos, al engendrarse, apareció como una cosa excepcional, como una medida transitoria para responder á necesidades excepcionales y transitorias del Poder público, y el Sr. Moret, al defenderla, nos hablaba entonces de una curva que se debía salvar para que el Poder público pudiese continuar después derechamente su camino; y el señor Maura, jefe del partido conservador, calificaba esta ley de aparato ortopédico, que se utiliza mientras el daño existe. En todas las discusiones que con motivo de esta ley se han promovido, constantemente se ha hablado de ella como de una medida desagradable, excepcional, transitoria. Jurídicamente esta ley no ha sido defendida en el Parlamento español hasta la tarde de ayer.

Los que firmamos esta proposición, señores diputados y Sr. Moret, entendemos que estas afirmaciones de S. S. entrañan una gravedad inmensa, y que ante ellas no puede quedar mudo el Parlamento. Desde el instante en que un hombre de la autoridad política y parlamentaria de S. S. defiende aquí, como fórmula jurídica definitiva, la ley de Jurisdicciones, que pena delitos de ideas, que sustrae á la jurisdicción civil fun-

ciones que la corresponden por su naturaleza; desde el momento en que esta declaración se ha formulado aquí, por persona de tan alta autoridad como el Sr. Moret, entendemos los firmantes de la proposición que el Parlamento español ha de declarar si presta asentimiento á tal teoría ó si la rechaza virilmente; si el Parlamento español rechaza el principio en que se asienta la ley llamada de las Jurisdicciones y expresa claramente su deseo, su anhelo de que por parte del Gobierno se presente aquí un proyecto de derogación de esa ley, verdaderamente excepcional.

Ayer el Sr. Moret tuvo olvidos extraordinarios y tuvo errores de apreciación inconcebibles. Nos hablaba aquí el Sr. Moret de que esta ley había nacido de la colaboración de todas las fuerzas públicas y políticas que tienen representación en el Parlamento. Nos venía casi á decir que había sido una norma jurídica laborada por todos, con el contento y la satisfacción de todos, en que todos habían vertido parte de su pensamiento para producir una resultancia común. No, señor Moret; con esta ley ha ocurrido, precisamente, todo lo contrario. No tengo yo que rectificar aquellas afirmaciones inexactas de S. S. de que el Sr. Labra prestó asentimiento á la ley, cuando el Sr. Labra votó en contra; de que la prestase asentimiento el señor Salmerón, que la combatió aquí y la combatió retirándose de aquí y la combatió años enteros, siendo la promulgación de la ley de Jurisdicciones el motivo y la causa ocasional de una postura gallardísima del señor Salmerón, que cerró el ciclo de su vida política.

La minoría regionalista empezó combatiéndola; presentó enmiendas que la modificaban totalmente; se aceptaron algunas, muy pocas, las accidentales y viendo que era inútil toda colaboración que alterase los puntos fundamentales de la ley que entendía antijurídicos, la minoría regionalista se retiró de este salón y del Parlamento.

Pero es más, señores diputados; en ese camino de los grandes olvidos y de las grandes equivocaciones en su apreciación, vino el Sr. Moret á decirnos que la ley de Jurisdicciones después de promulgada no había sido nunca discutida, no había sido nunca combatida, y que aguardaba que se discutiese y se combatiere. Pero, Sr. Moret, ¿olvida S. S. las sesiones, en que S. S. estuvo presente, de los días 11 y 12 de Junio de 1908? En aquellas sesiones, ocupando la cabecera del banco azul el Sr. Maura, se discutió y se discutió apasionadamente la ley de Jurisdicciones, y se analizó la ley, y se expusieron casos enormes de aplicación de esta ley; y eso ¿entiende S. S. que no es discutir la ley? ¿Es que S. S. entenderá que para discutir una ley es preciso que haya quien la ataque y quien la defienda, y que por no haberla defendido nadie en aquellas sesiones á que S. S. asistió, la ley no ha sido discutida?

En aquellas sesiones, á las que asistió su señoría, en aquellos debates en que terció su señoría, este diputado pudo decir sin contradicción de S. S., que habló después, lo que voy á leer: «La ley llamada de Jurisdicciones fué votada por un Parlamento en el cual no hubo ni un solo diputado que dijera que consideraba la nueva ley como un ideal, como una cosa positivamente buena;

El mejor Café es el torrefacto de **La Estrella** - Carmen, 1, (frente Belén).

la mantiene un Parlamento en que unánimemente la repudiamos; de manera que nos encontramos con una ley sin padre, que la dió á luz con dolor un Parlamento que no creía en ella, y que la mantiene otro Parlamento en el que niegan todos los que lo componen que tengan relación de contubernio ni relación alguna de fraternidad con esa ley.»

Y el entonces presidente del Consejo de ministros, D. Antonio Maura, en la sesión del 12 de Junio dijo lo siguiente: «Porque, notadlo, del debate que ayer y anteayer hubo en la Cámara, resulta que aquí no hay nadie, no hay una sola fuerza política que no desee la derogación de la ley de Jurisdicciones.» ¿Y entiende el Sr. Moret que después de estas manifestaciones, escuchadas y consentidas por S. S., puede decirse que nadie ha impugnado, que nadie ha discutido la ley de Jurisdicciones? ¿Puede suponerse que esta ley continúa siendo lo que nunca ha sido más que en la suposición de su señoría, un nexo de concordia de todas las fuerzas políticas que tenían representación en el Parlamento?

Nos habló S. S. de la circular por S. S. firmada explicando la ley Jurisdicciones publicada pocos días después de la promulgación de ésta. Yo no sé, Sr. Moret y señores diputados, á qué vino el recuerdo de la circular publicada por el Sr. Moret con motivo de la ley de Jurisdicciones; yo nunca he podido entender, más que en una forma que explicaré luego, la finalidad de aquella circular; porque, una de dos, señores diputados; ó la circular dice lo mismo que dice la ley, ó la circular dice una cosa distinta de lo que la ley dice.

Si dice lo mismo que la ley, la circular era innecesaria, y si dice cosa distinta que la ley, esa circular es un atentado al derecho, cien veces más grave que la ley de Jurisdicciones, porque significa que el Poder ejecutivo se había arrogado en un momento en la persona del Sr. Moret el derecho sacratísimo de definir delitos, de marcar la línea divisoria entre lo que es lícito y lo que está prohibido.

Decía S. S., ó procuraba S. S. que entenderíamos, que esta circular era una aclaración de la ley. ¡Ah, señores diputados! ¡Aclaración de una ley que no se ha empezado á aplicar aún! La condición primera, más elemental, más sustancial de una ley es su claridad, y la claridad en las leyes penales ha de ser extremada, que la mayor iniquidad es que en materia penal quede un átomo si quiera al libre albedrío de los hombres, de los juzgadores.

¡Una ley que se acababa de promulgar, que había sido presentada por el Sr. Moret, que había sido defendida por el Sr. Moret, y que antes de aplicarse por el mismo que la había formulado necesita aclararla! ¡Imagináis, señores diputados, mayor absurdo?

No, Sr. Moret; no fué para aclarar la ley por lo que S. S. publicó la circular á que se refería; el Sr. Miró llevaba razón al calificar en sus acusaciones, quizás en forma excesivamente violenta, el contubernio en que nació esa ley. Porque es verdad que S. S. fué á esa ley contra su conciencia, repugnando á su conciencia, violentando su conciencia; porque S. S., promulgada esa ley, tuvo un remordimiento; porque S. S. comprendió que esta ley echaba un borrón sobre la historia de toda su vida, y S. S. para borrar en algo ese borrón, por lo que más personalmente le atañía, publicó esa circular, que ó no significa nada ó significa la adulteración,

ROYAL

Rambla Estudios, núm. 8

Todas las tardes Té - concierto

(FIVE O'CLOCK TEA. TZIGANES)

Souper-concert á la salida de los teatros

RESTAURANT

Menú desde 5 pesetas

El Salón más elegante de Barcelona para banquetes y lanchs



ó el intento de adulterar la ley para tranquilizar su conciencia, y no pensó S. S. que igual remordimiento, igual escrúpulo que su señoría podía tener todo el Parlamento que por presión de S. S. le dejó S. S. toda la responsabilidad de la ley, y S. S. buscó el nimio atenuante de esa circular.

Esta proposición, señores diputados, es copia casi exacta de la que fué discutida y votada el día 12 de Junio de 1908. Figuraba en aquella proposición que tuve el honor de defender la palabra inmediata. Dice la proposición actual: «Los diputados que suscriben proponen al Congreso que se sirva declarar que vería con gusto que el Gobierno propusiera á las Cortes la derogación de la ley llamada de las jurisdicciones». La de 1908 decía: «La derogación inmediata de la ley llamada de las jurisdicciones». Esta proposición fué votada, tal como estaba redactada entonces, con la palabra inmediata, por el presidente actual del Consejo de ministros, por el Sr. Canalejas y por todos los diputados que siguen su dirección, alguno de los cuales han sido ministros en la situación actual y otros de ellos, como el Sr. Arias de Miranda, lo son hoy y votaron esa proposición.

Don Antonio Maura, presidente entonces del Consejo de ministros, pronunció minutos antes de votarse nominalmente la proposición, estas palabras dirigidas á su mayoría: Hemos dicho ya, me parece, todos, lo que á nuestra representación y á nuestra obligación correspondía. Ahora, mientras vemos la determinación de S. S., hago constar una cosa, que si esta proposición se vota, yo pido a los diputados que tengan confianza en que el Gobierno será fiel á sus declaraciones, que entiendan que no votan más que contra una palabra, la palabra «inmediata», y que todo lo demás está aceptado de antemano por el Gobierno.»

Es decir, que D. Antonio Maura, presidiendo entonces el Consejo de ministros, aceptó con todas las responsabilidades que el poder impone esta proposición en la forma que hoy viene redactada y se somete á vuestra consideración y á vuestro voto.

Yo creo, señores diputados, que teníamos derecho á pedirle al Sr. Canalejas, actual presidente del Consejo de ministros, que votase la misma proposición que votó en 1908; pero considerando que la reserva que exponía entonces el Sr. Maura, que aquella afirmación de que la palabra «inmediata» significaba una coacción que el Gobierno no podía aceptar, significaba una imposición en materia que por ser de su sola responsabilidad no podía consentir, hemos pensado nosotros, señor presidente del Consejo de ministros, que es muy posible que esas reservas, que esas consideraciones no fuesen

cosa personal del Sr. Maura, incorporadas á su persona corporal y espiritual, sino que fuesen reserva más bien incorporadas al sitio en que S. S. se sienta, y por eso se ha retirado esa palabra y queda la proposición en la forma en que la había aceptado en 12 de Junio de 1908 D. Antonio Maura ocupando el sitio que S. S. ocupa.

El Sr. Canalejas, á los requerimientos del Sr. Miró para que derogase la ley de Jurisdicciones, opuso algunos argumentos que no me corresponde á mí contestar, pero que quiero consignar para decirle á S. S. que no me convencieron. Dijo S. S.: Pero, ¿cómo voy yo á quitar la ley de Jurisdicciones después de lo que estáis haciendo vosotros hace dos años, después de esas campañas antimilitaristas que hacéis en todo el país para excitarle á que perturbe la acción española en Africa? Pero, Sr. Canalejas, si se hacen todas esas campañas teniendo S. S. la ley de Jurisdicciones en sus manos, ¿para qué le sirve á S. S. esa ley?

Yo creo, señor presidente del Consejo de ministros, que el único obstáculo para la derogación de la ley de Jurisdicciones, lo único que pudo explicar, y en cierto modo justificar el que esta ley se publicara, es que en los altos poderes del Estado ha hecho mella también un vicio, que el ilustre Ganivet decía que era un vicio colectivo de la sociedad española. Escribía Ganivet en aquel famoso «Idearium Español», que tanto habrá leído y admirado S. S., que la conciencia colectiva del pueblo español en Derecho penal es muy curiosa, que luchan en el pecho de todos los españoles dos principios y dos impulsos contradictorios: uno, que les obliga á ser muy rigurosos al formular la ley inexorable, intransigente, con toda fórmula de delito, y luego otro, momento de debilidad y conmiseración, que les inclina á perdonar después á todos los los que condenaron; y añadía que el Derecho penal español no era el Código penal, no eran todas nuestras leyes penales, sino que era todo eso adulterado por los indultos constantes.

De manera que yo creo, señor presidente del Consejo de ministros, que, discutiendo aquí con toda lealtad y con pecho descubierto, el único argumento que podía darse en favor del mantenimiento de la ley de Jurisdicciones es ese hecho de la impunidad, ese hecho que ha formado ya una segunda naturaleza en nuestro Derecho penal; y como éste puede ser el argumento, y como tengo la seguridad de que esa es la reserva mental de S. S., yo he de decirle, en nombre propio y en nombre de la minoría regionalista, que al asociar nuestros votos á esta proposición, no pedimos un mayor margen de impunidad, cosa funesta, tanto si viene

por el camino franco, pero persistente y reiterado del indulto, como si viene por el camino oculto de la recomendación, de la intervención del Poder ejecutivo en el judicial; que entendemos nosotros que las leyes, y principalmente las leyes penales, [han de cumplirse, y que si su cumplimiento hiere nuestras convicciones, ó lleva á consecuencias que entendemos inhumanas, hay que modificar la ley, hay que atenuar la ley, que es mil veces mejor y más garantía para un país tener leyes muy rigurosas que se cumplan para unos y dejen de cumplirse totalmente para otros. (Aprobación en la minoría regionalista).

Las leyes de excepción, y de ley de excepción habíamos calificado todos, todos, hasta ayer la ley de Jurisdicciones, aunque en la tarde de ayer al Sr. Moret le mereciese una calificación distinta, las leyes de excepción, señor presidente del Consejo y señores diputados, son recursos excepcionalísimos que se guardan para poder hacer frente á las grandes crisis, á los grandes conflictos, á las grandes convulsiones. En la vida corriente, en la marcha normal de un país, la misión del Gobierno está en que esas crisis no se produzcan, y es obra de anarquía en los gobiernos el consentir que esas crisis se produzcan, y el mantener esas leyes de excepción, ó el tenerlas sin necesidad, destruye ese resorte pará un día en que una crisis verdad en la vida constitucional del país lo hiciese necesario.

Ocorre, señores diputados, con las leyes de excepción en la vida de relación de las autoridades y del gobierno, lo que ocurre con los empréstitos, con el crédito en la marcha y en la vida financiera de un país. El gobierno de la nación que para saldar las atenciones normales de su presupuesto acude al crédito y acude á los empréstitos, va derechamente á la bancarrota financiera; y el gobierno que con carácter de persistencia en épocas de normalidad en la vida de su país acude á las leyes de excepción ó mantiene esas leyes de excepción, ese gobierno prepara la bancarrota del principio de autoridad, la bancarrota de todas las instituciones sociales.

El señor presidente del Consejo de ministros, al contestar á los requerimientos del Sr. Miró respecto al punto concreto de la derogación de la ley de Jurisdicciones, se mostraba irritadísimo por la conducta de los republicanos, de algunos republicanos, y de los socialistas, y les censuraba acremente el señor presidente del Consejo de ministros porque le habían puesto dificultades en el curso de su vida ministerial. Pero, señor presidente del Consejo de ministros, ¿es que cree S. S. que los republicanos y los socialistas, que tienen por misión combatir lo que S. S. tiene el deber de defender; es que entiende S. S. que esos republicanos y esos socialistas han de faltar al imperativo categórico de su conciencia? Si S. S. entiende que deberá mantener la ley de Jurisdicciones, mientras haya republicanos que á la vez de serlo de nombre lo sean de hecho, que quieran derribar la Monarquía, y que haya socialistas que quieran derribar el orden social existente; si S. S. cree que mientras eso exista el Poder público ha de tener á su disposición la ley de Jurisdicciones, entonces S. S. sumaría su criterio al expresado ayer por el Sr. Moret, de que ese aparato ortopédico, que decía el Sr. Maura, ha de ser ya vida y función normal del gobierno y de la sociedad española.

Yo creo, señor presidente del Consejo de ministros, que en esa irritación que ponía en sus palabras al pronunciar tales cargos contra los diputados de la minoría republicano-socialista había en su espíritu una decisión que provocaba la irritación que traducía en sus palabras. Yo creo, señor presidente del Consejo de ministros, por lo menos lo sospecho, y no tengo el derecho de callarlo, que S. S. había creído que esta cuenta diaria que los republicanos y socialistas que de verdad lo sean han de presentar á los gobiernos de la Monarquía, á los gobiernos que han de defender lo que ellos han de atacar, esa cuenta no se la presentarían á S. S. y sería factura que quedaría en cartera para que, junta con las partidas corrientes, sumados los intereses usurarios que produjera, se presentara á quien sucediera á su señoría en la cabecera de ese banco, y encontrase las arcas de la autoridad exhaustas de todo prestigio, de todo organismo resistente.

Dijo S. S. en un párrafo brillantísimo del discurso que le aplaudió la mayoría, que creo que debíamos aplaudirle todos los señores diputados, que por fortuna se habían ya roto ciertas tutelas que pesaban sobre el Gobierno y sobre el partido liberal, y yo creía, señor presidente del Consejo de ministros, que después de esta declaración, como corolario, iba á anunciarnos S. S. que presentaría la ley derogando la de las Jurisdicciones; yo creía que S. S. nos diría entonces: He recobrado la totalidad del mando, ya no comparto con nadie los resortes del Poder, y desde el momento en que todos están en mi mano, ya no necesito leyes de excepción, que las leyes fundamentales del país, el Código penal son [para mí, para un Gobierno celoso del cumplimiento de su deber, que no comparta con nadie las funciones de Gobierno, suficientes para cumplir la misión que tiene confiada. No lo dijo S. S., y al omitirlo yo me fijé en que, al hablar de la minoría republicana, tenía S. S. grandísimo interés en marcar que existían diversas minorías republicanas y que las censuras que dirigía S. S. á los republicanos, en cuyo nombre hablaba el Sr. Miró, no alcanzaban á todos los republicanos. Mi espíritu

dedujo la consecuencia de que aquellas tutelas que se habían roto no lo eran en su totalidad; que no comprendía esa ruptura á todas las tutelas; que se habían roto algunas, que subsistían otras y que subsisten quizás esos nexos inconfesables á que se refería el Sr. Miró, que no son nexos espirituales, que son condominios del Poder, que no se pueden ejercer sin que uno de los dos que le compartan ó los dos á la vez dejen de cumplir con su deber.

El Sr. Moret, al final de su discurso elocuentísimo de ayer, pronunció las siguientes palabras:

«Por último, señores, con la esperanza de que me hagan caso en la mayoría y en la seguridad de que no me lo han de hacer los republicanos, os diré que la grande aspiración de que la justicia civil, de que los Tribunales civiles sean los que entiendan en toda clase de delitos, que éstos juzguen y resuelvan, esa noble aspiración supone un gran respeto á los Tribunales del orden civil; pero cuando se utiliza como propaganda, no la corrección ni la mejora, sino el vituperio y el vilipendio, entonces no se puede realizar por completo esa aspiración por no estar asistidos los Tribunales del respeto por parte de todos, que es lo que debe garantizar la ley».

Me sorprendieron estas palabras, no porque creyese que otro debía ser el concepto de S. S. sino porque no comprendía cómo persona, que tan cerca está de S. S., cómo el Sr. Gasset, no tuviese siempre presente la sana doctrina que consigna S. S. en estas palabras. Sí, Sr. Moret; son muy de lamentar esas campañas indignas de difamación contra toda la magistratura española hechas á base de un caso concreto. Yo quiero reconocer, en hipótesis, uno, diez, treinta casos concretos, que sean pecado mortal; pero no hay derecho por eso á levantar un estigma sobre la magistratura española; no hay derecho á decir, como dijo el Sr. Gasset, que la justicia española, toda la justicia española torcía su camino cuando en él encontraba una influencia política. (Rumores de aprobación en varios lados de la Cámara.—El Sr. Gasset: Ya le contestaré á S. S.)

Cataluña ante el extranjero

El triunfo de Clará en Amsterdam*

Barcelona, nueva Atenas

M. G. A. Denis, crítico de arte que ha dado a conocer en revistas extranjeras una serie de artículos bajo el título: «Las nuevas patrias artísticas», ha publicado en el «Thirse», revista de arte que vé la luz en Bélgica, un estudio del que damos a conocer el siguiente extracto:

(*) Después de recibir este artículo, tenemos noticia del grandioso triunfo obtenido por el escultor catalán José Clará, en la Exposición Internacional de Arte, de Amsterdam. La prensa diaria ha dado cuenta de este triunfo en la sección telegráfica.

Se destinaron a la sección de escultura seis medallas. De éstas, cuatro de ellas constituían un diploma. Había sólo dos de oro y éstas se han concedido, una a Clará y otra al escultor belga Rombaux.

A Clará, únicamente se le regatea en España (o en Cataluña).

Parece que los artistas—me refiero a los grandes creadores cuyas obras adquieren resonancia más allá de los mares y de los montes, despiertan la admiración universal y resisten a la huella destructora del tiempo,—no tienen patria.

Por ellos están marcadas las etapas de la humanidad. Sintetizan en sus obras el estado de la civilización en su época. Sus nombres evocan cuanto hubo de más potente, más noble, más inteligente, por encima de las luchas de dinastías y de pueblos, por encima de las tragedias de las naciones!

Aparecen independientes del tiempo y del espacio como ciudadanos de esa patria del Ideal cuyo espíritu está formado por

las obras maestras del pensamiento universal.

El gran artista no tiene patria? Locura! Por el contrario es hasta tal punto la más alta expresión, la emanación más directa, el canto de triunfo de la patria, que es imposible pensar en él, sin convocar al propio tiempo los lugares donde se formuló su obra influencias que la determinaron. Con qué esplendor! La gloria de la obra ilustra de manera tan maravillosa el territorio y el pueblo que los defectos de éste desaparecen.

¿Quién piensa en Esparta? Sopa negra, moneda de hierro, materialismo mezquino, bajas intrigas y matanzas, y también, sin disputa, un heroísmo constante, caído en el olvido porque nadie ni nada lo ha celebrado. ¿Quién puede nombrar Atenas sin evocar la diosa «Atenea de los ojos claros»? Los atenienses quisieron grande su ciudad; la hicieron inmortal. ¿Por sus guerreros, por sus mercaderes, por los tesoros de las ciudades federadas, por sus cien mil esclavos y sus veinte mil ciudadanos, sus cortesanos? ¡no! Porque en su recinto pensó una treintena de artistas, que enseñaron, hicieron obras. Y nada se sabe ya de las vergüenzas de Atenas, de sus injustas guerras, de sus luchas intestinas, de la tiranía de sus banqueros y la abyección de su populacho, porque bajo el cielo azul, frente al mar, Fidias edificó el Partenón armonioso!

Gloria de la patria, que en muchas ocasiones, creó el artista a pesar de esa patria! Ignorancia de la patria, siempre la última en reconocer al que hizo su esplendor!

Pienso en la tragedia de la vida de Miguel Angel, en sus luchas terribles para no llegar nunca a realizar la obra que quiso ofrecer a su país. Su familia era pobre, numerosa, de vieja burguesía, y no una rama de los Canossa como ha escrito Condi. Es preciso leer las cartas del maestro para conocer los esfuerzos que hizo con el fin de crear un patriotismo a los suyos. Hay que conocer su correspondencia y sus poemas para saber las rastreras envidias de rivales adocenados, las calumnias de los Aretino, las susceptibilidades religiosas y las absurdas fantasías de los poderosos que tuvo que vencer. Desde 1507,—tenía entonces 32 años y por haberse atrevido a resistir al papa Julio II, había regresado a Florencia—desde 1507 su fama había franqueado las distancias y el Gran Turco le rogaba que fuera a Pera brindándole honores y tratamiento de príncipe. Se quedó en Florencia, su ciudad, reanudó la obra de los Doce Apóstoles de la Cúpula y él, que se negaba a pintar para el Papa, continuó para su ciudad el cartón de la Batalla de Cascina. Pero Florencia temiendo al terrible Julio II que reclamaba el artista, en 1508, tuvo que obligarle a marchar y a someterse al Papa. ¡Con qué amargura lo hizo, pues para él Florencia era la más bella del mundo! En el reverso de un dibujo, hoy día en Oxford, unos versos de Miguel Angel, que han permanecido ignorados, proclaman la admiración por su ciudad:

«Colui che'l tutto fe' fece ogni parte
E poi del tutto la piu bella scelse
Per mostrar quini le sue cose eccelse,
Com'a facto or colla sua divi'narte.»

Mientras escribo esto, tengo delante, luminosas y con ritmo de danza, dos mujeres que caminan, sosteniéndose, con paso ar-

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS

Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida

Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

ALOY

monioso, por ese país de Ideal, de que antes hablaba.

Es un bronce; se titula «La Cadencia», José Clará hizo esta obra.

José Clará es uno de esos maestros que parecen no tener patria. En París, donde trabaja, es el más grande de los escultores. En Roma, en Bruselas, en Madrid, sonados triunfos probaron que su genio encontraba la mayor admiración en todas partes. Recibi hace pocos días un periódico de Amsterdam: «Het Nieuws van Dag», en el cual el eminente crítico G. H. Marius, dice con motivo de su Exposición en el Salón Internacional de Bellas Artes de Amsterdam:

«Es un hecho notable que de España venga un escultor de tan superior condición como José Clará...

... ¡Que de España, la antigua patria de los pintores, venga una obra escultórica de belleza tan extraordinaria, concebida con tan grande nobleza, de una elevación como se han visto muy pocas desde que Miguel Angel creó su «Noche», es un verdadero milagro. También se podría comparar, en cierto modo, a ese escultor con el gran Rodín, pero el maravilloso sentimiento expresado en el perfil de «La Diosa» de Clará, nos ha obligado a la comparación con Miguel Angel. Pudiera llamarse a ese español el escultor de perfiles, pues en su busto en bronce «Bacchis», igualmente, el noble perfil que se pierde entre las bellas volutas de la cabella, es notabilísimo»

Luego, después de comparar «La Diosa» de Clará a la «Baigneuse» del escultor alemán Klimsch, al que admira por su afecto al arte griego, añade el crítico:

«Si la despojábamos de la cabeza, «La Diosa» de Clará continuará siendo una obra indiscutiblemente bella. La figurita de Klimsch no permitiría separar el menor fragmento sin destruir todo el conjunto. Así es que por muy clásica que sea esta figura de Klimsch, es para nosotros en gran manera inferior a la obra del español enteramente animada por su pensamiento, con la extraordinaria expresión de su torso.»

Vemos pues que hasta en medio de las brumas del Norte, la obra de Clará fuerza a la admiración.

Al ver que el crítico de Amsterdam cree un milagro que haya nacido en España un gran escultor, me sorprende su asombro. Parece, por el contrario, que la obra de Clará, por tener todas las cualidades de las grandes obras griegas sin ser una imitación de ellas, no podía salir más que de manos de un artista catalán.

Los catalanes, por descendencia, por gustos, por analogías de clima, de territorio, de litoral, son los descendientes puros de Atenea. Bajo los cielos azules de Cataluña, ante el Mediterráneo esplendoroso, una ciudad se está transformando, uniendo a una intensa actividad económica el amor ferviente de la urbe y el culto de la Belleza. Es Barcelona.

Una cohorte de pensadores, de artistas, comienza a hacerla respetar en el mundo. Por desventura, un fuerte y una cárcel dominan su colina!

José Clará es uno de los que canta al mundo la gloria de la nueva Atenas.

Un día quedé admirado al encontrar realizada en sus obras la luminosa definición de Pericles: «Queremos lo Bello en su simplicidad». En él no hay más que grandeza. Concibe sus monumentos con la nobleza de Fidias y de Miguel Angel. Desdeña los episodios, las anécdotas; tan sólo grandes figuras, símbolos profundos, una nobleza de pensamiento que descompone una idea en varios conceptos nobles, desprecia los incidentes y conserva únicamente los elementos eternos.

Me encontraba en su taller. Anochece. Grandes figuras recogían la luz postrera. No entraban como nosotros en la noche, no sentían fatiga, ni tormentos. Eran eternas, invariablemente bellas y armoniosas. De su esplendor reposado emanaba una paz religiosa. La salud, la fuerza, la divinidad eran sus galas.

Otras personas hablaban. Existían otros seres, un local, una hora? El tiempo era magnífico, eternamente hermoso. Todo era simple, todo era sereno. Dios estaba allí.

Sí, un templo a la Belleza infinita, a Dios infinitamente armonioso, eso era el taller.

Una gran figura de mujer, sentada, con los brazos extendidos y apoyados lateralmente, dominaba el fondo. Por encima de las pequeñeces humanas, más allá del tiempo, llena de silencio e inmensa templanza—¡cuánto más noble infinitamente que los gemidos!—era «La Serenidad». Admirable lección para el hombre, homenaje admirable a Dios!

Homenaje admirable a Dios es toda Belleza.

Aquella tarde pues, expresaba a Clará mi admiración y asombro ante la belleza de sus obras. El protestaba, superior, como todos los grandes artistas, a la obra realizada y dejando para los vulgares la alabanza exagerada de sus propias obras. Pero poco a poco se puso a hablar de su país.

Humildemente le restituía cuanto su obra tenía de bello. Ensalzaba su clima bendito, la limpidez de su cielo, la armonía de sus paisajes, las cadenciosas ondulaciones de sus playas y el ritmo del mar. La belleza del tipo de sus habitantes era la de las figuras salidas de sus manos.

La noche invadía el taller. Y ante nosotros vivía la patria evocada por el gran escultor. Sus palabras fervientes reconstituían lo poco que yo adivinara el año pasado en un viaje a Cataluña y ante mí se erguía, ciudad de arte y de intelectualidad, Barcelona, nueva Atenas.

Ensalzó el mérito de sus escritores, de sus arquitectos y de sus artistas. Habló piadosamente del gran poeta catalán Jacinto Verdaguer.

Se habían encendido las lámparas. José Clará recorrió los paños que cubrían un esbozo. Era un proyecto de monumento a ese poeta. La arcilla, la materia blanda había sido animada por los dedos del escultor, por su alma enamorada de la obra del poeta y de la grandeza de la patria. Los cuatro

elementos, el Agua, el Fuego, la Tierra y Viento en los cuatro lados del monumento, además de constituir la potencia de su concepción, eran el símbolo perfecto de la obra del poeta, y en la cúspide, como despertada por los ecos del cantor épico, Cataluña salía de su letargo!

De este modo el sueño entero de una noble raza, todo el esfuerzo y la gloria de un país estaban erigidos en belleza por uno de sus hijos, impregnado como pocos de su grandeza, por uno de los mejores y de los más grandes entre los suyos y del mundo entero.

**

Así toda la obra de un gran artista—quie-

ro decir uno de esos grandes creadores cuyas obras adquieren resonancia más allá de las mares y de los montes, despiertan la admiración universal y resisten a la huella destructora del tiempo—es, en todo momento, en cada una de sus épocas, una manifestación de su amor patrio.

Los grupos admirables de José Clará: «La Diosa», «El Crepúsculo», «La Serenidad», «La Voluntad», «La Cadencia», y tantas otras, son, pues, las estrofas de un hosanna a la patria. El único que escucha el mundo. El único que hace el renombre eterno de una ciudad y de un pueblo.

G. A. DENIS

Del *Thirse*, de Bruselas, traducción tomada de «*La Publicidad*».

Conversación con el Dr. Vogel

El hombre y la obra — ¿Qué impresión le ha producido Cataluña? — El Catalán en Alemania. — Elogio de la Víctor Catalá. — Más traducciones.

Esta entrevista de hoy nos la imponía la actualidad. El doctor Eberhard Vogel, ilustre amigo de Cataluña, venido de Alemania para presidir nuestros Juegos Florales, no podía dejar de pasar por las páginas de esta Revista, ilustrándolas, prestigiándolas y haciéndolas interesantes con alguna de sus cosas.

El doctor Vogel es, en su físico, un perfecto tipo germánico: buena estatura, robusto, de piel rosada, ojos claros y pelo acercándose más al color de la paja que á la rubicundez del trigo. Intelectualmente nos parece también un alemán: es un gran estudioso, un meritísimo investigador, lleno de perseverancia y de «esprit de suite». No parece tener la vivacidad latina, ni nuestra exuberante facundia; en cambio, posee la voluntad y la disciplina propias de la gente del Norte.

El mismo nos completa su retrato moral, diciéndonos:

—No soy un sabio, ni un erudito, sino un trabajador, un obrero de la ciencia.

Ante su obra, se podría corregir la modestia del doctor Vogel diciendo:

—Un obrero, sí; pero un obrero lleno de mérito y de inteligencia. Un obrero que ha creado obras numerosas y es además un maestro en el difícil arte de la traducción.

Porque el doctor Vogel ha publicado desde el año 86 seis libros originales, además de un gran número de artículos sobre filología y pedagogía: ha traducido cuatro obras del alemán al castellano; dos del castellano al alemán («El Escándalo» de Alarcón y «Halma» de Pérez Galdós) y cuatro del ca-

talán al alemán («Sots feréstecs», de Casellas; «Solitut», de la Víctor Catalá, y «Revoluta» y «Per la vida», de Pous y Pagès). Siente una verdadera afición por las traducciones. Y es que tiene el doctor Vogel en realidad una maravillosa cualidad de asimilación y de compenetración con el alma y el ambiente y el íntimo sentido de la obra traducida.

**

Este es el hombre al cual, en nombre de la «Revista de Catalunya», pedí una entrevista y que, con amabilísima deferencia se prestó á mi molesto interrogatorio.

—Yo quisiera saber, amable doctor, qué impresión le han producido Barcelona y Cataluña—comienzo por preguntar.

—Ah! magnífica, magnífica. He de decirle que siempre me gusta su país de usted, y siempre lo encuentro interesante. Pero esta vez he podido notar unos nuevos síntomas, nuevos afanes de superiorización, y además, en este camino, algunas realidades. Por ejemplo: el «Institut d'Estudis Catalans», que tanto bien hará á Cataluña; el «Instituto de Cultura para la mujer», tan bien montado y tan bien orientado, y sobre todo este «Centre Autonomista de Dependents del Comers y de l'Industria», donde he podido ver—como en la propia Alemania—á los jóvenes socios ejercitándose en gimnasia y juegos atléticos, al lado mismo de las numerosas y bien servidas clases mercantiles.

Aquí una pausa, como recogiendo ideas dispersas. Después añade el doctor:

—Ahora bien, en un orden más general, no puede ser más interesante esta tierra, ni

más agradable la vida en ella. Esta Barcelona une lo típico con todo su encanto, á lo moderno con todo su comfort. Yo encuentro á faltar en ella todavía cosas científicas y me duele que algunas deban ser sacrificadas al progreso material. Y después, este sentimiento artístico que aquí todo tiene, desde la soberbia mansión del rico hasta los esparcimientos del obrero. El mismo tipo catalán que he podido ver en breves excursiones por vuestro país, me parece de una graciosa armonía, de una plástica fuerte y bella á la vez. Si no fuese por lo de las comparaciones, yo establecería ahora algunas con otros tipos peninsulares que he visto, á los cuales lleva gran ventaja el catalán

Desvió un poco la conversación, deseoso de recoger datos y cosas concretas.

—¿Y qué me dice usted, doctor, de las traducciones catalanas que ha dado á conocer en Alemania?

—Todas han tenido un gran éxito, especialmente «Solitut» de la Víctor Catalá. Aun están los cuatro libros que he traducido en su primera edición; pero no dudo que todos llegarán á la segunda, con haberse hecho de cada uno un tiraje de 2,000 ejemplares, que es mucho para una obra traducida. Las casas editoriales son de las más importantes de mi país, lo cual prueba que á la literatura catalana se le concede una gran consideración y estima.

—Y las críticas, ¿qué han dicho de estas obras?—de nuevo pregunto.

—Las han tratado muy bien, y son á docenas los periódicos que de ellas han hablado. Ahora quiero traducirle un fragmento de lo que dijo lo «Frankfurter Zeitung» (Gaceta de Francfort) de la «Solitut» de la Víctor Catalá; quiero traducírselo, porque aquí no es conocido, puesto que la autora no se ha cuidado de dar á conocer á nadie las críticas que yo le mandé. Dice así: «Conceptuamos á esta mujer—la Víctor Catalá—como la primera escritora que hoy existe en Europa».

El ilustre catedrático nos hace un caluroso elogio de «Solitut», por su valor moral, humano y literario. Yo comparto la admiración del doctor Vogel, y ratifico la apología, que he de pasar por alto aquí, para no alargar demasiado este artículo.

Hacemos al eminente catalanófilo una nueva pregunta:

—Y el catalán, en Alemania, ¿en qué consideración se tiene?

—Hoy es ya bastante conocido. Han ayudado á ello sin duda mis traducciones; pero más que nada, la obra de Guimerá «Terra baixa», puesta en ópera por el maestro Albert. Esta ópera ha tenido un éxito extraordinario, inmenso. Le diré á usted que en la última temporada ha sido puesta más de seiscientos veces. Yo he logrado que debajo el título se pusiera «Obra catalana de An

MOSAICOS E F ESCOFET & C

Ronda San Pedro 8. Barcelona

Marmoles
Piedras
Maderas

Construcción
Decoración

Joaquín Montaner

Sonetos — y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs.—Dos Ptas.
J. Horta, Impresor.—Barcelona, 1911

gel Guimerá». Después el meritísimo profesor Schadel, estudiando el catalán y enseñándolo, y otro joven profesor, Rainar Marx, hacen allí un gran bien á Cataluña.

Preguntamos al doctor Vogel, para terminar, si tiene otra obra catalana en preparación.

—Pienso publicar el segundo volumen del diccionario, que dedicaré á Prat de la Riba, y un manual de la lengua y literatura catalanas, con una bibliografía, fragmentos de literatura y artículos de diarios catalanes. Después publicaré un libro de impresiones de España, dedicando una parte importante á tratar de Cataluña, y entre todo esto, traduciré la «Marguerideta» de Apeles Mestres, y seguramente «La vida y la mort den Jordi Friginals».

Agradezco al doctor Vogel su devoción

por nuestras cosas, y me despido de él, dándole gracias además por sus amabilísimas informaciones. Al cerrar este artículo, quiero decirle además mi admiración por su obra de divulgación del catalán, y mi cordialidad por el bien que hace á la Patria Catalana.

CLAUDIO AMETLLA

(De la Revista de Catalunya.)

LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS

:: SE COMPRAN POR SU MAS ALTO VALOR ::

SALVADOR BABRA - Méndez Núñez, 11

La Semana

Nota de actualidad

Eugenio d'Ors He aquí y la persecución anónima que una anécdota literaria que parece á primera vista no debiera interesar más que á los cenáculos de iniciados, apasiona en realidad á la mayor parte de nuestros ciudadanos y es el objeto de públicos y acalorados comentarios. La coexistencia de dos textos del Discurso Presidencial de los Juegos Florales, uno con alusiones lisonjeras para «La Ben Plantada» y otro sin ellas; preparado el primero por el Dr. Vogel en Alemania, en la confianza de que el premio Fastenrath se concedería al ya famoso y popular libro, y rectificado el segundo en Barcelona en vista de la no concesión del premio: los incidentes desagradables producidos al ser descubiertas las dos versiones—¿gracias á la casualidad ó gracias al maquiavelismo de algún interesado en desprestigiar personas ó instituciones catalanas?—Todo esto, que nos ha llenado de confusiones durante algunos días, ha tenido la virtud de levantar—puestos en su lugar y acatados unánimemente el honor y la dignidad del ilustre Dr. Eberardo Vogel, quien sigue siendo el amigo admirado y agradecido por todos los catalanes, que jamás podrán recompensarle el bien inmenso que lleva hecho á Cataluña—un sedimento de pasiones bajísimas que se había ido acumulando contra el autor de «La Ben Plantada».

Todo el odio instintivo de los filisteos al hombre superior, todo el rencor y los celos naturales de los corazones mediocres al talento de primera línea, ha rebotado en una humareda de escritos insidiosos y de murmuraciones plebeyas, desahogándose anónimamente en las más viles y rústicas injurias, en las más irritantes calumnias, contra el pensador á quien debe ya la Cataluña contemporánea una obra de aliento y proporciones tales, que solo tiene precedente en elevadísimas figuras de nuestra remota tradición filosófica catalana.

Los que vemos claramente el armazón del gran edificio intelectual y moral que Eugenio d'Ors, el múltiple y armónico trabajador, va levantando, los que comprendemos la fortaleza y gallardía del castillo ideológico que Ors erige para la defensa de todo nuestro patrimonio espiritual, para

proteger las tradiciones religiosa, estética y ética de nuestra raza catalana con las armas más poderosas y perfeccionadas del ingenio moderno, recibimos en nuestro corazón de discípulos fieles los golpes que contra el maestro se se dirigen.

Podríamos hacer una historia natural de la turba vociferante. Sabemos los móviles que les impulsan y vemos con transparencia la miseria que ocultan sus pechos. Y, sobre todo, sabemos que tiene mayor alcance la campaña: que son otras cosas las que se desearía que Ors arrastrase en su caída.

Cosa á primera vista extraña, pero en el fondo muy significativa. Es de los extremos, de donde llueven las mayores injurias. La prensa radical y la de ultraderecha coinciden en los mismos ataques contra Xenius, emplean el mismo lenguaje; hasta los mismos insultos. Los diarios lerrouxistas toman parte con saña en la persecución: es una colaboración que honra mucho á los *hidalgos* de donde ha partido la acometida. *Hidalgos* y *abencerrajes* se entienden admirablemente para llenar de ignominia á la personalidad más vigorosa de la nueva generación intelectual catalana.

La persecución que contra Xenius se viene llevando á cabo de un tiempo á esta parte, sobrepasa los límites ulteriores de la bajeza. La injuria, el insulto cínico, el pseudónimo, el anónimo: estas son las armas esgrimidas por gente que se complace en ser tenida por culta y por cristiana. Ni siquiera cuidan de la gracia del gesto, los que arrojan su despecho encima del autor de *La Ben Plantada*. La campaña no tiene ni siquiera el interés estético de una contienda literaria: no se esgrime siquiera la sátira elegante y cruel: solo el insulto sordo, opaco, bárbaro y estulto es lo que refleja los sentimientos de esta turba que parece hacer una gala de la indigencia mental. No aparecen en lugar alguno refutaciones persuasivas, oposiciones serias y razonadas, contradicciones concretas, acusaciones terminantes contra las ideas de Eugenio d'Ors. Nada vemos que pueda ser base de una discusión serena. Ninguna firma responsable avala las injurias. El anónimo (artículo anónimo y correspondencia anónima) es el recurso favorito de los enemigos de Ors, y esto da la medida de su moralidad y de su mentalidad. Por esto hemos puesto en el epígrafe que esta persecución es anónima.

La cosa no es nueva. El caso Eugenio d'Ors tiene precedentes; los tiene en Cataluña misma. Tengo á mano un estudio sobre Balmes, que me recuerda las infames campañas que hicieron durante la vida del gran filósofo, los padres y abuelos de los que hoy pugnan por llamarle suyo. «La aparición de este opúsculo—(es el «Pío IX»; lo que copio es sacado de «La Vida y la obra de Balmes», de Roure)—levantó contra su autor una cruzada de acusaciones, de injurias, de calumnias y de afrentas de toda clase que no cesaron ni á su muerte. Se insinuaba que quería llamar la atención para obtener el birrete cardenalicio, ó bien se le llamaba el Lamennais español. Le criticaron en todos los tonos, incluso en tono grosero y sarcástico y, como si esto no fuese todavía bastante, se llegó hasta la ofensa personal, rehusándole el saludo, evitando abiertamente su encuentro, murmurando á su alrededor palabras malsonantes, y afectando desdenarle y rehusar su compañía.»

Terminamos esta nota recomendando á nuestro gran amigo Eugenio d'Ors, cuyo dolor compartimos, el inagotable estoicismo cristiano, la serenidad tranquila con que los que gozan de la plena presencia de la Eternidad soportan las más furiosas tempestades; le dedicamos á su vez, aquel *distico á la manera antigua* con que Xenius honró la virtud de aquel otro varón á quien debemos admirable ejemplo de paciencia y de *fecunda impassibilidad*, á la vez cristiana y catalana.

«...Tu, calmós, en mitg de la lluyta basties un temple
T'apedregaren. Les pedres mateixes no foren inútils.»

R.

De Arte

Los Zubiaurre en «Museum» El número tres del segundo año de la gran revista de arte barcelonesa, aparecido estos días, está casi por entero consagrado á la obra de los dos hermanos Valetín y Ramón de Zubiaurre, pintores vascongados de cuya reciente exposición en el «Fayans Catalá»—por la cual desfiló con complacencia todo Barcelona—hablábamos en uno de nuestros números anteriores. Admiramos el arte pacienzudo, enérgico, descriptivo, documentario de los Zubiaurre, y aunque no lo situemos en la línea de lo clásico, de los subjetivismos, consideramos que hay algo de mala acción al comparar los jóvenes vascos con nuestros Clará, Nonell y Torres García, puesto que la subordinación categórica de aquellos á éstos, no implica necesariamente superioridad absoluta, en todos los terrenos, de los creadores de un arte puro sinó que el arte de los vascos, que se ha llamado, acaso despectivamente, folk-lórico, tiene su razón de ser, su misión y su lugar social á llenar. La pintura documentaria es útil é interesante; el arte para el documento, el arte etnográfico, *folk lórico*, incluso, es de desear que sea ocupación y estudio de muchos artistas. En los grandes pueblos donde el arte llega á plenitud, como Alemania y como Inglaterra, los genios, las primeras figuras, los Münzer, los Riethe, los Díez, ó los Brangwyn se levantan sobre una numerosa plejade sencillamente de artistas correctos, perfectos dueños de su oficio, de la obra de los cuales pudiese decirse que es el servir á la documentación, á la ilustración: lo secundario, si queréis, mientras que á aquellos

BRIGHS SOMBREROS ARCHS - 3

corresponde socialmente la representación de las grandes ideas. Por esto consideramos muy digno de respeto el arte de los Zubiaurre, y confirmando lo que decíamos en un artículo publicado el año pasado con el epígrafe «La lección de los pintores castellanos», deseáramos ver una legión de artistas catalanes,—sin pretensión de genios y considerando modestamente su arte como una profesión social, pero dueños absolutos de su oficio—formar la documentación folk-lórica incluso, por qué no? de nuestro pueblo. Acaso el siglo de oro de la pintura flamenca, el XVII, no tuvo como peana á la gloria de Rubens, Rembrandt, Van Dyck y Jordaens, la modesta labor, que hoy día es de vivísimo interés, de los que se preocuparon sencillamente en ilustrar la vida humilde y campesina, los Breughel, los Teniers, los Van Ostade, con sus discípulos respectivos?

El arte de los Zubiaurre, la imagería popular, la vida rústica, es bien definido y aunque sea secundaria la casilla que les corresponde en la clasificación no es por esto menos apreciable.

Ahora bien: cerrada la discusión sobre este valor, y mirando á la forma como realizan esta idea, lo que hay que reprochar á los hermanos vascongados, es la falta de vida. Compárese la vida y los tipos populares de los Zubiaurre, con la de los flamencos que acabamos de nombrar y con Goya mismo. Las figuras de los Zubiaurre son envaradas, inmóviles, rígidas, son sencillamente poses. En los Teniers y Ostade, en Goya, la vida rebosa; el movimiento y la alegría popular se salen del cuadro y se comunican al espectador. Los cuadros de Zubiaurre, son documentos de gran valor para un museo de etnografía y de arte popular; repetimos que vemos en éste fin muy respetable, pero hubiéramos preferido que conservando todo el interés documentario fuesen obras menos estáticas, representando la vida del pueblo con menor convencionalismo.

Pero en fin, los Zubiaurre han sabido formarse un estilo personalismo y dominarlo con maestría, y una vez colocado el espectador en la visión y en la gamma que es el punto de partida de su arte, no puede menos de expresar su admiración profunda por una representación de vida realizada con criterio tan singular y enteco, en que la austeridad se traduce en inmovilidad de derviche, pero en donde cada trozo y cada tono, de color, por atrevido hasta lo inverosímil que sea éste, revela una conciencia y un dominio absoluto.

Estas observaciones que nos sugirió la visita á la Exposición Zubiaurre, nos las vuelve á renovar el hojear «Museum», con su treintena de reproducciones de la obra de Valentín y de Ramón. Me padece ocioso, al ponderar lo excelente de ellas, particular-

mente las impresas en color, indicar que no faltan en la colección los demás aspectos de la obra pictórica de tan interesantes artistas; por ejemplo, los deliciosos retratos de Valentín despojados de literatura rústica, los interiores y jardines de Ramón, llenos de dulce sentimentalidad. Con este número de «Museum» se posee una representación completa de la labor de estos pintores, que resulta un documento de gran valor para el estudio del arte español contemporáneo. El texto va firmado por el crítico de arte Miguel Utrillo. Completa el número, entre abundante información, una fotografía de la admirable estatua romana recientemente descubierto en Tarragona por los alumnos del Instituto de segunda Enseñanza, la cual constituye una nueva joya de la escultura clásica.

R.

Música

Orquesta Sinfónica de Madrid

Por cuarta vez nos ha visitado en la estación primavera la «Orquesta Sinfónica» de Madrid, que dirige el maestro español señor Fernández Arbós.

No me parece del caso insistir sobre los méritos de esta corporación musical, que sus visitas periódicas nos ha hecho ya familiar. A esta Orquesta se la ha parangonado, no sin motivo, con las tan excelentes que á España han venido del extranjero, y especialmente del llamado, por autonomasia, país de la música.

El mayor interés que puede ofrecernos esta Orquesta no es ya el de repetidas audiciones de las obras más corrientes del repertorio sinfónico, sino el de las novedades que se le ocurra al director darnos á conocer, pues disponiendo de una masa instrumental tan notable y completa, había de ser pecado artístico desaprovecharla para empresas á que otras corporaciones menos encumbradas no pueden aspirar. Bajo el punto de vista de la novedad en los programas hay que juzgar pues, principalmente el resultado de la última serie de conciertos de la Sinfónica madrileña.

Recorramos los programas ejecutados y en ellos notamos primeramente la ausencia del nombre más prestigioso de la música moderna, el único compositor de los vivientes que á todas luces puede incluirse entre los denominados geniales. Ya se comprenderá que me refiero á Ricardo Strauss. ¿Qué mejor timbre de gloria hubiese querido la Orquesta Sinfónica que abordar las enormes dificultades de una obra tan hermosa, tan grande como el «Don Quijote» de Strauss, con que este ilustre compositor, este genial humorista de la música, rindió tributo á la más grande creación de las letras españolas? Y esta labor, no obstante, este esfuerzo titánico lo ha realizado una orquesta española que no es la Sinfónica madrileña, una orquesta más modesta que esta última, pero que cuenta con grandes alientos, como la Orquesta Sinfónica de Barcelona, y con la férrea voluntad de un director talentado, como el maestro Lamote de Grignon. Este

esfuerzo considerable, ese pago de una deuda de amor, bien hubiera podido tentarlo, en la seguridad del éxito, el inteligente director de la primera orquesta española.

Pasemos adelante, y quedémonos para principiar con la desilusión de no ver en los programas el «Don Quijote» ni otra obra de Strauss. ¿Qué novedades de música moderna nos han dado esta vez? Veamos: «Sexta Sinfonía» de Glazounow, «Thamar» poema sinfónico de Balakirew, «Ma mère l' oie» suite de Ravel y «Pavane pour une infante défunte» del mismo autor.

Con el pecado se ha llevado Arbós la penitencia, pues el éxito ha correspondido á la mediocridad de todas estas obras. La «Sexta Sinfonía» de Glazounow, es obra de un gran trabajo orquestal ciertamente, pero vacía de ideas, al igual que la «Cuarta Sinfonía» del mismo autor, que ya habíamos oído en Barcelona. No sabríamos hallar una cosa de menor interés, dentro de la belleza innegable del sonido orquestal, que el «andante con variaciones» de esta obra, que parece no obstante escrito con la idea de llamar la atención del público. No se crea que el carácter especial de la música rusa de este autor y de algunos de sus compatriotas no haya llegado á interesarnos por falta de entrenamiento; es sencillamente que la vaciedad de tales obras no llega á disimularse con las características nacionales.

Dos latas rusas no parecieron seguramente al maestro Arbós demasiado latas para un solo concierto, pues tras esta *Sexta* que nos desazona con respecto á todas sus precedentes, tocóle el turno á Balakirew, que por lo menos ofrecía la novedad de oírle por vez primera en conciertos sinfónicos, en los de mi recuerdo por lo menos. El poema «Thamar», de vastas dimensiones, es ciertamente interesante por su color orquestal á ratos, pero une á la poca musicalidad del asunto igual defecto de pobreza de ideas.

Y vamos de los rusos á los franceses modernísimos, ó sea de un arte que tiene por lo menos un cierto sabor característico y un perfume de connaturalidad á lo más artificioso que darse pueda, cual se descubre en los procedimientos de Ravel. La música de este autor entra de lleno, como toda la de escuela impresionista de Francia y de otros países, en la que podríamos llamar música literaria, pues de la literatura, y aun de la literatura más literaria toma el motivo para sus decoraciones musicales. «Ma mère l' oie» pertenece á un arte decorativo musical con todos los inconvenientes del arte decorativo y todos los mucho mayores de la aplicación de éste á la música. Empezamos por no hacernos cargo de la significación del título ni de la ilación de los textos literarios en que la obra se basa, y terminamos por no comprender el porqué del empleo de instrumentos raros, de sonoridades extravagantes y de tesituras extremas para producir en conjunto el efecto de un sucedáneo del *Papaver somniferum*. Lo ponemos en latín para mejor claridad, siguiendo procedimientos análogos de Ravel.

«Pavane pour une infante défunte» es el

CHAMPAGNE NOYET

=Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut=

Cavas "Els Pujols"

Comarca del Panadés

reverso de la medalla. Ravel da con un tema más ó menos largo y tendido y á base exclusiva de él compone una pieza, linda en verdad, pero hay que tener presente que cosas «lindas», pero nada más que «lindas», también las escribe Puccini. Así resultan desvirtuados los procedimientos de estos compositores modernísimos, que ni siquiera llegan á constituir propiamente una escuela ni mucho menos á adquirir un estilo, sino divagar en un continuo ceñirse por una parte entre estrechos cánones—más estrechos y menos racionales que los de los antiguos—y extremar por otra el repertorio de los brochazos. No se crea que vamos á negar el talento de un compositor como Ravel, sino vaya lo dicho mirando sólo á sus procedimientos é intentos de renovación que pronosticamos vanos é ineficaces.

Hé aquí todo lo nuevo que se nos ha ofrecido esta vez del repertorio de los compositores modernos. Ni por asomo los nombres de Strauss, Schillings, Reger, etc., de la pléyade de los músicos alemanes, ni de otros tantos que sin duda ofrecen un interés mucho mayor que Ravel y aquellos rusos.

Una ojeada al resto de los programas. En cuanto á Bach, el autor que Arbós interpreta á maravilla, disfrutamos de la Pastoral del «Oratorio de Navidad» y «Coral variado de la cantata n.º 140» un *pasticcio* con el que la Orquesta Sinfónica demuestra la potencia y compenetración de su cuerda, pero que si estaba bien una vez á título de curiosidad no lo está tanto prodigarlo como se hace, pues con ello se acostumbra malamente al público. ¿No tiene Bach creaciones que puedan servirse en su forma original para tener que andar con *arreglos*? Otra cosa de Bach fué la «Suite en sí menor» que Arbós no sabe dejar de ofrecernos con objeto de que podamos saborear lo maravilloso de aquella flauta que no tiene igual, pero hubiésemos agradecido que á trueque de prodigar menos la obra, hubiéramos alguna vez escuchádola por entero, siendo tan hermosa y tratándose de una interpretación que no sabríamos soñar mejor.

Después de Bach, sigue Beethoven en orden al mérito de la interpretación, y de este autor nos han dado, aparte la obertura «Leonora» n.º 3, las Sinfonías *segunda*, *tercera* y *novena*, á más de la *quinta* que se ejecutó en el concierto de beneficencia dado en el Teatro Condal, y la llamada de Jena, que constituía una novedad.

Muy exigente habría que ser para hallar pero en la interpretación dada por Arbós á las Sinfonías de Beethoven, y cuenta que á excepción de la primera, se las hemos oído todas en Barcelona. Na vale la pena de emborronar papel para las pequeñas objeciones que pudieran ocurrírseles; la línea general es siempre clara y bien definida; la majestad del coloso de la sinfonía se yergue siempre arrogante de las manos de Arbós y de cuantos coadyuvan á su labor de intérprete, y los contrastes que son el encanto en aquellas obras, ofrécese en regular sucesión sin brusquedades ni rebuscamientos. Ha sido esta una de las pocas veces que el público de Barcelona se ha hecho cargo completo de la alta belleza de la Segunda Sinfonía. En la Tercera fueron modelos de dicción, claridad y justeza de interpretación de un modo especial el primer tiempo y el scherzo, y en la Novena señalaríamos de un modo particular el «adagio».

En cuanto á la «Sinfonía en do mayor» de Jena, descubierta recientemente por Stein y

ta los caracteres de las obras de la primera juventud del músico de Bohn, por manera que una vez oída parecen tomar cuerpo las deducciones del citado musicógrafo. La inconsistencia de los desarrollos y de los mismos temas y la falta de robustez en la textura musical no hablan en contra de la opinión de Stein, á pesar de los que comparan la obra con la perfección de las primeras Sonatas para piano, pues otra cosa resulta que lo que estos pretenden comparando la «Sinfonía en do mayor», por ejemplo, con el «Trío póstumo», por ejemplo, obra de juventud que nadie ha dejado de atribuir á Beethoven, y en el que se observan inexperiencias del mismo orden. Si el *consensus omnium* tiene además algún valor en esta cuestión, hay que recordar que 150 directores de orquesta de todo el mundo han obtenido el permiso para dar á conocer esta nueva Sinfonía durante este año, y que ninguno de ellos hasta el presente ha vacilado en la atribución; no es creer que se engañen á un mismo tiempo tantos conocedores íntimos del estilo de Beethoven, entre los cuales figuran musicólogos de verdadero mérito. Esto es aparte, hay un dato inconfundible para reconocer la certeza de lo afirmado por Stein, y es el colorido orquestal, tan característico en Beethoven. La obra tiene además su valor musical intrínseco, de estructura especialmente, que fuera difícil poder atribuir á otro compositor de la época que á Haydn, pero hay que considerar que cuando esta Sinfonía fué escrita el músico de Rohan se hallaba al final del largo curso de su vida y por tanto en el esplendor de su renombre.

Dejando esta cuestión que los musicólogos seguirán sin duda dilucidando, sigamos en lo de los programas dispuestos por Arbós. Hemos dicho que la especialidad de éste consistía en la interpretación de Bach y Beethoven; amplíemos el concepto, incluyendo en aquella especialidad música clásica en general, pues así lo atestiguan el acierto con que fuerod interpretadas las oberturas de «La flauta mágica», «Der Freischütz» y «Rosamunda».

Un aliciente notable de estos conciertos fué la interpretación de varias arias de obras clásicas á cargo de los notables solistas Mme. Lamber-Villaume y Mr. Plamondon, quienes, además, formaron parte del cuarteto vocal de la Novena. Estas obras ó fragmentos para solistas vocales y orquesta sirven á maravilla para dar variedad á los conciertos sinfónicos, además de que aquellos se hacen indispensables para la interpretación de ciertas grandes obras, cuya audición hoy se hace muy difícil por no poseer un cuarteto vocal á la altura necesaria. Saludemos, pues, con júbilo la visita de tan concienzudos artistas.

Poco más hay que notar en los programas de la Orquesta Sinfónica, como no sea para pedir la supresión de ello en lo sucesivo, como lo haríamos con gusto, respecto á ciertos fragmentos de obras de Wagner, que

además de conocerlos sobradamente sólo sirven para presentar mutilada, y en *pasticcio* muchas veces, la obra del gran maestro, y para quitar insensiblemente la afición del público á los dramas musicales de aquel autor, haciendo perder adeptos, por estragamiento al arte de Wagner puesto en su lugar. Añadamos que el maestro Arbós no demuestra en la interpretación de este autor la conciencia artística que en otros posee, pues frecuentemente traspasa el límite de lo subjetivo en materia de interpretación, acelerando ó alentando del modo más caprichoso, como se puede observar, por citar un pasaje muy característico y como botón de muestra en la sucesión de los temas llamados «malandanza» y «amor filial», en el *pasticcio* wagneriano denominado «Murmillos de la selva», con lo que desaparece el encanto de aquellas sublimes melodías. Esto es así cuando no se le ocurre al maestro lograr un efecto estruendoso fuera del más elemental respeto á una partitura, añadiendo un trémulo de bombo, que nadie jamás ha visto escrito, ni ha sido sancionado por ningún director de talla, en el final de la obertura de «Tannhäuser», victima de toda clase de excesos.

Réstanos citar una obra del programa: la «Tarantela» de Saint-Säens, puesta con la buena intención de que lucieran sus extraordinarios méritos en la flauta y el clarinete respectivamente los profesores, Sres. González y Yuste, á quienes yo mando desde aquí el más sincero aplauso. Pero, maestro han ya pasado muchos años desde que obras como ésta eran de recibo en los programas serios. Y entiendo yo, que la tal «Tarantela,—que estaría muy en su lugar en un entoldado de Navacarnero ó de Santa Perpétua de la Moguda (si es que se estilan en Navacarnero entoldados), en lugar de los fríos aplausos que obtuvo, de no tratarse de una corporación artística que se ha ganado todos los respetos de los barceloneses, hubiera logrado una manifestación menos agradable, como la que yo ví tributar á una quisicosa de Meyerbeer en un concierto de una orquesta de Barcelona. En aquel entonces se toleraba aún la tarantelita esa y aun se aplaudía más ó menos, pero desde entonces acá han pasado unos quince años, y no en vano.

Terminemos esta crónica alabando la idea de darnos otra vez la hermosa «Quinta Sinfonía» de Dvorak, y lamentando que Arbós tan amigo de Brahms no se haya acordado esta vez de este autor cuya «Primera Sinfonía» no ha ejecutado todavía en Barcelona; y lo extrañamos aún más después de la excelente acogida que la «Segunda» obtuvo el año anterior.

Hasta el próximo, bien amados huéspedes sinfónicos; y si es posible, que os volvamos á oír, como este año, en compañía de nuestro «Orfeo Catalá» en alguna de las grandes obras para coros y orquesta, que por excepción disfrutamos.

E. VALLES

Notas bibliográficas

Filosofía: dos libros sobre Balmes.

La Philosophie de Balmes, par ALBERTO GÓMEZ IZQUIERDO, professeur de philosophie à l'Université de Granada. Extrait de la *Revue de Philosophie*, Paris Fascicule de 72 pag. 16x21.

El trabajo del Dr. Gómez Izquierdo sobre

la filosofía de Balmes, muy de agradecer por la solícita atención dedicada á nuestro gran pensador y por acrecentar con ello el prestigio de la filosofía española y catalana en el extranjero, se compone de cuatro partes: criteriológica; doctrinas metafísicas; la idea de Dios y del orden moral; psicología y lógica, precedidas de una breve nota biográ-

fica. En cada una de ellas expone sucintamente, desglosadas, las proposiciones y puntos de vista, estudiando su parentesco u oposición, según los casos, con los filósofos que más influencia tuvieron en la época en que floreció el autor del «Criterio.» Este libro, sobre todo, atrae como es natural la dilección del profesor de Granada. «Es original y sin precedente en la literatura filosófica.» dice en un punto, y luego añade:

«Por más que antes de Balmes algunos pensadores habían abordado este problema de la educación intelectual, como Crousaz y Malebranche, ninguno había llegado á reunir tan copioso conjunto de enseñanzas y de consejos para la formación de la inteligencia, bajo una forma simple y sin compromiso ni preferencias hacia ningún sistema filosófico determinado.

«Gracias á la variedad de los ejemplos que condensan el valor práctico del libro, estas narraciones y descripciones que nos dan con frecuencia la impresión de que leemos una agradable obra literaria. Balmes llega á producir sobre el espíritu del lector toda la intensidad de ejemplo vivo que sea posible lograr. No hay duda de que si existe, aparte de la experiencia mismo de la vida, un medio de realizar la educación del entendimiento, este es el que emplea Balmes. Esto explica superabundantemente con qué justicia un libro tan corto ha podido llegar á ser, en España y fuera de ella, una obra verdaderamente clásica, y por decirlo así, el catecismo de buen sentido. Por si solo hubiera justificado el homenaje vendido al pensador de Balmes en los primeros días de Septiembre 1910».

He aquí, en traducción íntegra, el último capítulo del trabajo al Dr. Gómez Izquierdo ó sea el resumen de su estudio sobre Balmes.

En las restantes obras en que trata de filosofía—y aludo principalmente á los diez volúmenes que contienen su *Filosofía elemental*—no encontramos en modo alguno la unidad de lugar y de doctrina que hemos podido observar en *El Criterio*. La lectura produce la impresión de una serie de cuestiones sugeridas, no por la visión sintética de un problema que se desarrolla en forma sistemática y con una cohesión rigurosa de sus partes, sino antes bien por las opiniones de los filósofos contemporáneos de más renombre y más en boga. Además, el pensamiento de Balmes no se presenta bajo la forma acabada y sistematizada que sólo se obtiene dejando madurar libremente el pensamiento, y sometiéndolo á una concienzuda elaboración. Estas imperfecciones, que no indican defecto de talento en el filósofo español, sino sólo un trabajo excesivo y demasiado rápido, se nos ofrecen principalmente en las partes en que pretende resumir el conjunto de sus ideas. Leer aparte uno de estos libros, es tarea fácil y aun agradable: Balmes tiene el privilegio de la claridad; pero si se quiere seguir el desarrollo de una doctrina á través de los varios libros en que se halla expuesta, se le encuentran en ciertos momentos aspectos diferentes si no contradictorios. Y no debe maravi-

llarnos que cierta crítica superficial, deteniéndose en la corteza de las palabras, antes bien que atenta á la marcha general del pensamiento, haya podido hacer notar contradicciones é incoherencias.

A pesar de estos ligeros defectos, Balmes nos ha dejado en sus escritos filosóficos un tesoro de enseñanzas y de ideas, tan rico y tan importante, que buen derecho tiene á ser considerado como uno de los más prestigiosos representantes de la filosofía católica, aun sin tomarle en cuenta sus brillantes trabajos en el campo de la apologética. A todo lo dicho, y para mostrar todavía más la importancia de semejante autor, añadiremos, terminando este estudio, una indicación de las tesis del filósofo español que han sido aceptadas por los restauradores de la Filosofía Escolástica en el último siglo. Son las siguientes:

1.^a La teoría de las tres verdades primitivas é indemostrables, que sirven de fundamento á la solución del problema crítico.

2.^a La crítica hecha por Balmes de la ciencia trascendente de los panteístas alemanes, crítica para la cual se apoya principalmente en la distinción de los dos órdenes de verdades, ideales y reales, que son entre sí irreductibles y no pueden derivarse de un solo y mismo principio.

3.^a La importancia científica del principio de causalidad y sus relaciones con el de contradicción, en contra de las negaciones del empirismo.

4.^a El poner á discusión un gran número de problemas sobre la certidumbre, la evidencia, la extensión, el tiempo y el espacio, descubriendo nuevos puntos de vista y soluciones nuevas.

5.^a El hecho de haber enseñado con el ejemplo la importancia de la historia de la filosofía. Hay todavía más: Balmes es hoy y será siempre un modelo de imparcialidad y de grandeza de espíritu en el examen y la discusión de las ideas de otro. Estas cualidades son tanto más apreciables cuanto que en esta época hablo sobre todo de lo que acontecía en España—ó bien no se prestaba atención alguna á los problemas que se debatían fuera de las teorías eclesiásticas, ó bien no se miraban sino con prevención extraordinaria. Balmes, por el contrario, á pesar de sus entusiasmos de apologista y de la firmeza de sus convicciones religiosas, ve en el filósofo, cualesquiera que sean sus ideas, un investigador de buena fé, que persigue la explicación de los más altos problemas con que la humanidad se halla obsesionada. El lo estudia, no con la idea preconcebida de combatirlo ó ridiculizarle, sino para aprovecharse de sus enseñanzas.

L. R.

RON BACARDÍ

Epistemología Balmesiana. Estudio crítico-histórico de la «Filosofía fundamental» per lo R. D. BONAVENTURA PELEGRÍ TORNÉ—Folleto de 58 páginas de 19 x 26 cm.—Vich. Imp. Anglada 1911.

Es un estudio presentado al Congreso Internacional de Apologética que se celebró en Vich durante las fiestas del centenario, y fué designado por su importancia como digno de publicación en las Actas del Congreso, de cuyo volumen el folleto es extracto tirado aparte. El P. Ignacio Casanovas dice en su carta prólogo, hablando al autor del estudio: «Balmes radica en el polo opuesto á aquellos autores enigmáticos que tienen la vida pendiente de la voz de sus profetas: pero no ha tenido todavía los instrumentos de vulgarización que á toda clase de genios es necesaria para conquistar una ancha é intensa eficacia cultural, como ediciones cuidadas y luminosos estudios sintéticos y monográficos. En este segundo orden de trabajo, M. Buenaventura Pelegrí, sacerdote de Lérida, pone la primera piedra. No se sabe que nadie como él se haya encarado con la *Filosofía Fundamental* y trepado con más tesón á la cumbre de la montaña, para alcanzar su vastísima concepción y dárnosla en síntesis armoniosa. Quien lea su trabajo, correrá á Balmes para estudiarlo y amarlo, hacia el Balmes real, no el que desfiguran preconcebidos afectos.»

Para dar idea de obra que tal elogio ha merecido enunciamos el contenido de los capítulos según los epígrafes de los mismos, y reproducimos un expresivo párrafo tomado de las conclusiones.

I.—Una nueva técnica y un preámbulo histórico.—El mundo rueda.—«*Signatum est*».

II.—El Cristianismo y el Renacimiento.—Descartes y la anarquía del pensar.—Materialistas, idealistas y escépticos.—Balmes.

III.—La fisonomía científica de Balmes.—El problema de la certeza.—Pirrón, Descartes y Tomás Reid.—Doctrina de Balmes.

IV.—La base material crítica—Estado de la cuestión.—¿Influencia balmesiana?—Cuestión previa.—Los unilaterales.—La posición de Balmes.

V.—Una nueva fase de Balmes.—No dogmatiza: analiza.—El criterio supremo.—Una división discutible.—Concepto de Balmes sobre la evidencia, y lo que del mismo proviene.—Las verdades de hecho y los principios.—Observaciones sobre la evidencia

—EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES—

LA EGIPCIA

SOCIEDAD ANÓNIMA

La más importante de España—20 sucursales con teléfono—Central: Pelayo, 44, teléf. 1,113 ♦ ECONOMIA VERDAD EN LOS PRECIOS

Importante: La Egipcia es la única funeraria que posee Cámara de Desinfección, no sirviendo artefacto alguno sin que sea previamente desinfectado.—NOTA: Esmerado y rápido servicio tanto en la Capital como fuera de ella.

—¿Fué Balmes escociano?—Su teoría crítica.
—La ortodoxia de Balmes.

VI.—El problema del objetivismo. — La escuela experimental y Balmes. — Su pensamiento sobre la indicada cuestión. — Revista de algunos capítulos de la *Filosofía Fundamental*.

VII.—De la estética á la Metafísica. — Su extensión y el problema del objetivismo. — Descartes y Leibniz. — Clarke. — Fenelón. — La opinión de Balmes. — El apriorismo de Kant. — El problema de la experiencia. — Algunos escrúpulos.

VIII.—El mismo problema. — ¡Ir ascendiendo! — Del C. XIX al XXXIII.

IX.—Ideas y sensaciones. — Valor de las ideas. — Positivismo é idealismo: los aristotélicos y Kant — Doctrina de Balmes.

Conclusión. — De esta parte, abundante de lírica, sacamos el siguiente fragmento:

«Si me preguntáis de qué casta es Balmes, os diré de la casta de las águilas. Si me pedís de qué bandera, de la bandera de la verdad. No es socrático y ama, como Sócrates, mirar hacia dentro; no es platoniano y ve, como Platón, la fuerza de lo absoluto; no es aristotélico y sabe, como Aristóteles, el valor de lo empírico, no es tomista y de San Tomás muestra haber aprendido lo mejor que sabe y en San Tomás inspira sus más altas concepciones; no es baconiano, y no se aparta un momento de los hechos; no sigue á Descartes y acepta un paralelismo preestablecido entre las leyes del entender y las del ser: no es kantiano y como Kant

aprecia la actividad de la razón ordenadora; no pertenece á la escuela de Escocia y sabe, como Reid, lo natural y espontáneo de las visiones directas.

Balmes es Balmes. Pequeño aguilucho, se crió y robusteció al abrigo de la Escuela Cristiana, de la cual tiene la osamenta y la carnadura. Mas formado, voló á su albedrío, y en el plumaje le quedaron señales de su audacia. Pero no se desvaneció; su ascensión fué como la del pino, que cuanto más levanta la copa al cielo, más hunde las raíces en tierra.»

Es digno del más caluroso elogio el haber adoptado el autor la lengua catalana para estudiar y divulgar la obra del gran filósofo de Cataluña.

L. R.

Economía

Del comerç antich y modern de Tarragona, per FREDERICH RAHOLA. — Folleto de 104 págs. de 11 X 16 cm. — Ilustració Catalana. — Barcelona 1911.

Uno de los estudios económicos y comerciales más interesantes que hacerse puedan sobre temas actuales, es sin duda el del renacer del segundo puerto de Cataluña, el puerto de Tarragona. Ha sido, en realidad, la ciudad imperial, una de las que más vicisitudes ha sufrido en la historia. Al través del siglo XIX ha pasado períodos de gran prosperidad seguidos por otros de decadencia tal que muchos de sus mismos hijos pregonaban su atrofia definitiva.

Sin embargo, su último período de apla-

namiento fué mucho menos terrible del que sufrió después de la guerra de independencia, como consecuencia del terrible exterminio que los franceses hicieron en el ataque y asalto de Tarragona, y en el paso por la comarca. «Villeneuve, en una Memoria que existe en el Archivo de la Delegación de Hacienda de Barcelona—dice el Sr. Rahola en su estudio—asegura que la mayor parte de los habitantes que se encontraban en Tarragona el año en que fué asaltada, murieron á las manos airadas del francés. Tarragona que tenía 10 ó 12 mil habitantes al empezar la guerra, y que tanto creció después, quedó reducida á 3 mil almas. En su campo la disminución fué de más de 32 mil habitantes». — La devastación económica fué inmensa, y perdióse para siempre la explotación de la seda, de la cual se recogía, en el Campo, á principios de siglo, 720,000 francos.

A esta larga época de triste recuerdo, sucedieron, á mitad del siglo muchos años de gran abundancia. Fueron los del desarrollo de la industria vitícola. La estadística del año 1859 señala una importación de 27.322,000 y una exportación de 34.212,000 pesetas. El comercio con Ultramar sostenía la mayor parte de esta actividad. Después de la pérdida de los mercados coloniales disminuye la exportación del vino, y empieza otra vez el decaimiento. Desaparece entonces la industria de toneleros, que por sí sola daba animación y vida á Tarragona y á los pueblos vecinos.

Pero he aquí que una nueva era de flore-



— Camisería
y Corbatería

==== Boquería - 32

:: BARCELONA ::

ESPECIALITAT ==
en CAMISES á MIDA

GRAN BARATURA
==== de PREUS

cimiento se señala y es de esperar sea definitiva. El crecimiento de la exportación del aceite y de la almendra y avellana explican la nueva prosperidad. La exportación de aceite en 1909 asciende á 11 800,000 de pesetas. A dichos productos se añade aún otro nuevo artículo, los licores. La instalación de los Cartujos expulsados de Francia, y con ellos de la fabricación de la *Chartreuse*, viene acompañada con el desarrollo general de la industria de destilación en Tarragona. Recientemente las obras de ampliación del puerto, vuelto no sólo á la antigua actividad, sino á movimiento creciente cada día, confirman la vuelta de Tarragona á una vida comercial en correspondencia con su gran importancia histórica y artística. El Sr. Rahola pone al final de su estudio histórico unas acertadas notas sobre el porvenir económico de Tarragona. Esta plaza debería ser el mercado de almendra de España. Hoy día buena parte de la que exporta con cáscara, nos es reimportada después de limpiada y descascarillada en Marsella. Tarragona debería ser un gran depósito franco, un entrepot, ya que su principal su sostenimiento es la industria de exportación. Deberían llevarse adelante los ensayos de cría de ganado argentino á orillas del Francolí. En el puerto podrían levantarse instalaciones de cámaras frigoríficas, de donde, por medio de vagones especiales se serviría la carne á todos los mercados de Cataluña, Barcelona incluso. Además, Tarragona es el puerto natural de la comarca de Lérida y los intereses de ambas provincias son recíprocos. El desarrollo de obras públicas, minas, ferrocarriles y explotación forestal de Lérida refuirán en beneficio de Tarragona, no ya desde el punto de vista comercial, sino del

económico de producción, ya que la riqueza forestal de la provincia de Lérida supone el aumento de lluvias y de caudal regable de la de Tarragona. Otras grandes ventajas aseguran vida próspera al puerto de esta ciudad, que el mismo puerto de Barcelona no puede ofrecer por su carestía. Aprovechándolas nada tendría que envidiar al puerto de Barcelona ni á ningún otro de España, y llegaría á atraer cifra importante del tráfico del Mediterráneo. Si se echase mano de la situación geográfica de Tarragona, uniéndola en Reus y con el abandonado puerto de Salou, en forma parecida á la de las tres grandes ciudades francesas Roubaix, Lille y Tourcoing, podría ser una realidad el sueño generoso que el Sr. Rahola describe en las págs 74-75 de su opúsculo: «De Tarragona á Salou cabría una línea de almacenes, de estaciones, de depósitos comerciales, de industrias necesitadas de franquicia, que viniesen á formar de los dos puertos uno solo; y por la carretera del espléndido campo de Tarragona, en aquella extensión tan poblada y de bello cultivo, no es quimera imaginar una vía urbana y agrícola á la vez, que uniese las dos poblaciones—Tarragona y Reus—como si fuese una Rambla»...

Así es de esperar que se realice. Y pondremos esta esperanza en la voluntad firme que se apodera de los buenos tarraconenses, de hacer á esta ciudad poderosa y floreciente. —A estos generosos patriotas pertenecen los que componen el glorioso *Orfeo Tarragoní*, que precedió al *Orfeo Catalá* en el viaje á Madrid, preparando y entonando con sus deliciosos cantos el triunfo de la música catalana. Fué el primer orfeón de Cataluña, que pisó el suelo de la Corte. Fué el primero de recibir los agasajos del pueblo madrile-

ño; y en realidad no podía encontrar el «Orfeo Catalá» más digno predecesor, y por ello felicitamos—aprovechando este inciso—á la ilustre entidad tarraconense, el segundo orfeón de Cataluña, y á su fundador nuestro particular amigo D. Bernabé Martí y Bofarull—y volviendo á la obra de que hablamos, reciba también D. Federico Rahola, nuestros plácemes por su trabajo, fruto de estudio paciente y de amor intenso á la ciudad de los emperadores. Por algo fué merecedor del premio en el Certamen Histórico Literario celebrado para conmemorar el centenario del sitio de 1811.

R.

Curso Miguel Angel

Sigue abierta en esta redacción la suscripción á que invitamos á nuestros amigos y á los amantes de la cultura que deseen contribuir á la publicación del volumen que contendrá las Lecciones del Curso de Miguel Angel, dado en Tarrasa en 1911, por los señores Leonart, Folch y López Picó, el cual formará un nutrido y lujoso tomo ricamente ilustrado con fotografías de las obras del gran Maestro, y editado por la revista «Ciutat», de Tarrasa.

Precio del ejemplar. 5 pesetas
Inscripciones recogidas hasta la fecha: 16.

Siguen celebrándose en el «Centre Autonomista de Dependents del Comers» las lecciones de repetición del Curso Miguel Angel, todos los jueves, según el plan descrito en nuestro número 240.

Los Automóviles = Hispano = Suiza

:: TRIUNFAN ::

en cuantas pruebas

= toman parte =

La Hispano Suiza

Carretera de Ribas - 279 - BARCELONA

27 rue Cavé (Levallois Perret) - PARIS

GASTROL MIRET

El Gastrol Miret es, sin duda, la mejor entre todas las preparaciones destinadas á curar las enfermedades del aparato digestivo. En efecto, sea cualquiera la causa, alivia enseguida y cura pronto y bien, por rebeldes y antiguas que sean y aunque se hayan resistido á otros tratamientos, todas las enfermedades y molestias del

Estómago é Intestinos

Absolutamente inofensivo, es un remedio que por sus efectos rápidos y segurísimos se recomienda él mismo, y cuyas maravillosas virtudes alaban con entusiasmo en todas partes cuantas personas le conocen. La compra de un frasco reporta un gasto muy pequeño y, en cambio, proporciona la satisfacción de haber encontrado un buen remedio.

A VISO: Cuantos lo deseen recibirán gratis un librito muy interesante para todos los enfermos del estómago é intestinos.

Frasco, 3'50 pesetas en Farmacias, Droguerías y Depósitos de Específicos.

GASTROL. Nombre registrado en los principales países.
Premiado en la Exposición Universal de Atenas de 1903
DE VENTA EN TODAS PARTES
NATALIO MIRET, Farmacéutico.-Verdi, 68.-BARCELONA

AGUAS MINERALES NATURALES
de la
SOCIEDAD ANÓNIMA
VICHY CATALÁN

Aguas hipertermales, de temperatura 60°, alcalinas, bicarbonatado-sódicas. Sin rival para el **reumatismo**, la **diabetes** y las afecciones del **estómago**, **hígado**, **bazo**. Estas aguas, de reputación universal, sólo se venden embotelladas y las botellas llevan todos los distintivos con el nombre de la **Sociedad Anónima Vichy Catalán**. Llamamos la atención de los consumidores, y muy particularmente de los enfermos, para que no se dejen sorprender admitiendo como idénticas á nuestras aguas otras **artificiales** que se ofrecen en este mercado con nombres de **fuentes imaginarias** que sólo son marcas de fábrica y no fuentes de origen.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Administración: RAMBLA de las FLORES-18-ent.º



VIUDA DE
JOSÉ RIBAS

MOBILIARIOS DE LUJO
EN ESTILOS CLÁSICOS Y MODERNOS

INTERIORES COMPLETOS

SECCIÓN COMERCIAL

MOBILIARIOS
EXTRAORDINARIAMENTE BARATOS

METALISTERÍA * LÁMPARAS

OBJETOS DE ARTE

PARQUETS PLEGABLES (PATENTADOS)

Despacho: Plaza de Cataluña, 7
Almacenes y Talleres: Consejo de Ciento, núm. 327

: Cemento Portland Artificial
ASLAND

Fábrica en Castellar de Nuch y la Pobla de Llibre
Actual producción: 240 toneladas diarias

Sólo una clase - La superior

UNIFORMIDAD Y CONSTANCIA EN LA COMPOSICIÓN

Resistencias sólo comparables á las de los mejores portlands conocidos : Aplicables á todos los usos, especialmente á los que exigen resistencia extraordinaria : Insustituible en obras hidráulicas :

COLOR INMEJORABLE PARA PIEDRA ARTIFICIAL

A igual resistencia admite cuatro veces más arena que los mejores cementos : Fabricación por hornos rotatorios automáticos : Motor hidráulico por tubería forzada de 4,700 metros de largo por 80 centímetros de diámetro, desarrollando 3,000 caballos de fuerza : Combustible procedente de las minas de la Compañía : Laboratorio físico y químico á disposición de los clientes como garantía de la calidad : Análisis constante de las primeras materias y del producto elaborado :

Despacho en BARCELONA: Plaza de Palacio, 15 (Pórticos Xifre)

OBRA NUEVA

Lo que debe saber todo Concejal

por D. FERNANDO SANS Y BUIGAS

Abogado, Secretario del Ayuntamiento de Sarriá, Secretario del Primer Congreso Español de Gobierno municipal,

y D. JOSE M.ª TALLADA

Ingeniero, Profesor de Economía Social en la Escuela Provincial de Artes y Oficios de Barcelona,

Un volumen de 452 páginas, 4'50 pesetas (encuadrado).

PEDIDOS: Centro de Administración Municipal, calle Aduana, 3, entlo.: Principales Librerías y en la Administración de CATALUÑA, Muntaner, 22, bajos,

AGUA MINERO : MEDICINAL
NATURAL : PURGANTE

RUBINAT-LLORACH

Recomendada por las Academias de Medicina de Paris y Barcelona, etc., etc.

DIPLOMAS Y MEDALLAS DE ORO

PURGANTE SIN RIVAL EN EL MUNDO

Combate eficazmente la constipación pertinaz del vientre, infartos crónicos del hígado y bazo, obstrucciones viscerales, desórdenes funcionales del estómago é intestinos, calenturas, depósitos biliosos, calenturas tifoideas, congestiones cerebrales, afecciones herpéticas, fiebre amarilla, escrófulas, obesidad (gordura); NO EXIGE REGIMEN NINGUNO.—Como garantía de legitimidad, exigir siempre en cada frasco la firma y rúbrica del **Dr. Llorach**, con el escudo encarnado y etiqueta amarilla. Desconfiar de imitaciones y substituciones.

— VÉNDESE EN FARMACIAS, DROGUERÍAS Y DEPÓSITOS DE AGUAS MINERALES —
Administración: Calle Cortes, 648 - BARCELONA

Nadie debe estar en su casa sin una botella de agua Rubinat-Llorach